

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Año 12. — N. 9.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Insurreccion de Milan : grabado. — Poetas españoles contemporaneos; articulo segundo. — El Simbolismo caballeresco, conclusion. — Montenegro y los montenegrinos, grabados. — Don Juan de Lanuza, poesia. — El teatro antiguo. — Un paseo por el Levante, grabados. — La Venganza de los Difuntos, novela. — Obra de escultura hallada en Cartago,

grabados. — La Sonora, grabados. — Historia de la Semana. — Modas de hombres. — Rubias y Morenas. — Familia de Abd-el-Kader, grabado.

Insurreccion de Milan.

Nuestros lectores sabrán ya los últimos acontecimientos de Milan sobre los cuales pueden ver los pre-

cisos detalles en la parte política del *Correo de Ultramar*. El combate parece haber sido sangriento aunque de poca duracion, costando la vida á muchos soldados austriacos y á algunos de los insurgentes. Nosotros nos limitaremos á dar el grabado que representa el acto de la pelea en uno de los puntos mas importantes de la poblacion, sin que creamos deber acompañarlo de esas reflexiones que abandonamos al criterio de nuestros lec-



Insurreccion de Milan

tores y que no cuadrarian bien en nuestra publicacion, exclusivamente literaria. Damos sí la lámina relativa a lamentable suceso que ha tenido lugar, reproduciendo escenas de crueldad y de venganza que quisieramos borrar de la memoria, como darémos siempre los mejores grabados que puedan ilustrar á nuestros lectores en todos los acontecimientos notables de la historia contemporanea.

Poetas españoles contemporaneos.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

(Artículo segundo.)

Por mucho que nuestro patriotismo se resienta, debemos confesar que la comedia parecia haberse ausentado de España desde que desaparecieron los Lopes, Tirso, Alarcones y otros no ménos célebres poetas en cuyas obras tanto se han inspirado muchas notabilidades extranjerías; porque aunque no han faltado despues apreciables ingenios que conservasen en algunas de sus producciones aquellas formas tradicionales de nuestros grandes autores, y para las cuales todos contaron con el magnífico auxilio de la primera de las lenguas, ninguno ha traspasado los limites de las que podemos llamar estimables medianías.

Muy decaída debia estar, en efecto, la comedia, cuando un Moratin logró una popularidad inmensa en su tiempo, con solo cinco producciones originales, que apenas hubieran llamado un momento la atencion en otra época mas bonancible para nuestra amena literatura. Todo el mundo sabe que Moratin era un hombre de mucho estudio, mucho tacto y no desprovisto de talento; pero que en cambio carecia de genio, era frio y pesado en sus diálogos, jamás pudo dar movimiento á sus cuadros, y confundió lastimosamente el carácter con la caricatura. Así, lo mismo en el *Viejo y la Niña* que en el *Café*, tanto en el *Baron de Illescas* como en el *Si de las Niñas*, los personajes hablan de un modo extravagante, diciendo y haciendo cosas tan inverosímiles, que solo pueden admitirse en las parodias de don Ramon de la Cruz. Y tanto mas resaltan en Moratin estos defectos, que no supo disculpar con el chiste, preciosa emanacion de los espiritus privilegiados, que nos hace olvidar generalmente las faltas mas garrafales produciendo en nuestra imaginacion el efecto alucinador de la chispa eléctrica; tanto mas visible es en él la distancia del punto de partida al en que quiso encaminarse, cuanto es mas sabido que tomó al inimitable Molière por modelo, pretension que algunos pobres diábolos, con una ridícula afectacion de patriotismo, han sancionado á los ojos del vulgo, llamando á Moratin el Molière de los españoles; cosa que redundaba mas en detrimento que en beneficio de nuestras glorias nacionales, pudiendo compararse á la extravagancia de un hombre cualquiera que siendo inmensamente rico, se jactase de poseer una repeticion de plata.

Pero al cabo si Moratin no era un poeta privilegiado, si sus obras no llegan á conmover las fibras del entusiasmo, tampoco le faltaron muy recomendables dotes, y á su buen criterio debemos sin duda el haber visto desterradas de la escena española las monstruosidades mas insulsas y chavacanas que han visto los hombres en la mas afflictiva decadencia de los pueblos. Hacemos con gusto esta observacion en obsequio de un hombre que tendria quizás una gloria mas sólida, si sus partidarios no le hubieran ensalzado mas de lo que ordena la sana razon, y en cuyos escritos encontramos siempre, sino un estilo brillante y pintoresco, por lo ménos un lenguaje correcto, fácil y castizo.

Faltó Moratin, y el teatro volvió á gemir en el abandono, sin que durante muchos años apareciese una persona digna de substituir al que sin duda pudo aplicarse el lisonjero título de restaurador del buen gusto, hasta que por fin se presentó, no como rival de Moratin, sino como un atleta en el género cómico, el señor Breton de los Herreros. Desde que este poeta invadió la escena, pudo advertirse que no habia heredado de Calderon la facultad de ordenar una fábula, ni de Alarcon el talento de desenvolver un pensamiento moral; pero tambien debió notarse que en la naturalidad de sus diálogos, en la prodigalidad de sus chistes, y en la facilidad de sus versos, podia muy bien aspirar á la palma del triunfo sobre todos nuestros poetas cómicos, antiguos y modernos.

Se ha dicho con frecuencia, y no carece de fundamento la observacion, que relativamente al plan y asunto de una comedia, vista una comedia, están vistas todas las del señor Breton de los Herreros. Una mujer solicitada por tres amantes de los cuales uno es recomendable por sus virtudes, y los otros dos despreciables por sus ridiculeces, tal es la base de sus producciones; dificultades fáciles de vencer por parte del amante que ha de triunfar, y probabilidades inciertas ó negativas por parte de los amantes que han de ser vencidos, he aquí el secreto de sus intrigas: un desengaño poco justificable á veces ó una maniobra vulgar que se ve venir desde lejos, he aquí sus desenlaces. Con esto está dicho que las comedias del señor Breton carecen absolutamente de interés y harian dormir al espectador si para sostenerse, divirtiendo al público en general y admirando al inteligente, no contasen con esa riqueza de diálogo que cautiva el alma, y como la buena música, nos hace olvidar la accion del drama para entre-

garnos á la contemplacion de las mas graciosas y delicadas armonías.

Con todas estas gracias y defectos se anunció la célebre *Marcela*, composicion admirable sobre la cual ha hecho el señor Breton numerosas variaciones, en lo que no prueba mucha fuerza de creacion para los planes, pero logrando siempre dar á estas variaciones una novedad y un colorido que manifiestan mas á nuestros ojos el inagotable genio de su autor. Así, cuando uno asiste á la representacion de una nueva comedia del señor Breton, puede ir prevenido á no romperse la cabeza calculando el desenlace de la intriga, y los medios de llegar á este desenlace; porque desde la primera escena se prevé todo lo que bajo este punto de vista pudiera excitar el interés de la fábula; pero ¿qué importan estos resortes para quien sabe sujetar y embelesar á los espectadores con otros mas poderosos? ¿Qué falta hace la verdad en la concepcion de sus caracteres si estos suelen decir grandes verdades en versos que solo sabe hacer el señor Breton? Entre muchos otros ejemplos que me ocurren, citaré la lindísima comedia *Muérate y verás*, donde hay un Froilan tan sumamente agorero, hablando un lenguaje á la vez tan poco adecuado al tono que nuestra imaginacion concibe en la enfermedad de la misantropía, que se hace inverosímil casi siempre, y hasta imposible en algunas ocasiones. Y sin embargo, este personaje tan sumamente ideal, es decir, tan poco verdadero, suelta aquella retaila de verdades que tan populares se han hecho, y que no puedo ménos de trasladar aquí:

— Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos.
— ¿Qué anuncian esos malditos?
— Sin duda alguna derrota.
— ¡Derrota! ¡Teneis razon!
¿Lo veis? ¡Oh dias aciagos!
— Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.
— Dirán que es suyo el revés;
Mas yo temo que en el lance...
— ¡Oh! lea usted el alcance
Del patriota aragonés.
— Es muy vaga la noticia...
Es atrasada la fecha...
Si la faccion fué desecha
¿Qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares,
Y, además, la exactitud
No siempre fué la virtud
De las partes militares.
Muchos planes y cautelas
Y marchas y contramarchas,
Y tempestades y escarchas,
Y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas,
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras...
Mucha recomendacion,
¡Mucho de Roma y Numancia!
¿Y qué nos dice, en substancia,
El jefe de division?
Que anduvimos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas:
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura,
A no ser la noche obscura,
Y no faltar los cartuchos:
Que el cabecilla vasallo
Huyó á punto de la quema,
Y se salvó por la extrema...
Ligereza del caballo, etc.

A pesar de lo que llevo dicho, encuentro en algunas comedias del señor Breton otras dotes que harian honor al talento cómico de los que el mundo reconoce como maestros en el arte *El Pelo de la Dehesa*, *el Cuarto de hora*, *Muérate y verás*, *¿Quién es ella?* y algunas piezas en un acto de este autor, se distinguen no solo por la gracia del diálogo y por la fluidez de los versos, sino tambien por la leccion moral que de ellas se desprende, y por la regularidad del plan que sin ser complicado tiene animacion, haciendo mas recomendable el interés, que lo logran inspirar por la sencillez con que en ellas se suceden y se desenvuelven las peripecias. Los caracteres, por otra parte, siendo mas ó ménos naturales, mas ó ménos imaginarios, tienen la buena circunstancia de sostenerse siempre á una altura, y aun la de caminar paralelamente con la accion dramática, observando esa gradacion ascendente y ordenada que la estética aconseja en todas las manifestaciones artísticas de la concepcion humana. Pero puede decirse que en este punto nunca el señor Breton hizo un ensayo de sus hercúleas fuerzas mas afortunado que en la creacion del *D. Frutos Calamocha*. Yo creo que *el Pelo de la Dehesa* es la primera comedia de carácter del señor Breton, y por consiguiente la primera comedia de carácter de nuestro teatro moderno. ¡Con qué gracia crítica el sencillo aragonés la cortesana costumbre de te-

ner la vajilla sobre el velador, cuando todo lo echa sin querer á rodar!

¡Ay! ¡voto al ocho de bastos!

MARQUESA.

¡Jesus! ¡mi almuerzo de China!

FRUTOS.

¡Otra! ¿quién diablo imagina
Poner en medio los trastos?

¡Con qué naturalidad ridiculiza la rigidez de las modas que entre los elegantes hacen degenerar al hombre convirtiéndole en un ser impotente por lo afeminado, y hasta por los entorpecimientos con que impide el desarrollo y movimiento de sus miembros!

FRUTOS.

Entre tantas invenciones
La que mas me maravilla
Es la especie de cotilla
Que me oprime los riñones.

DON REMIGIO.

Es una faja de goma
Elástica para que entre
En razon su enorme vientre;
Porque si no se le doma...

FRUTOS.

Pero, hombre, por San Melchor,
Tener barriga ¿es delito?

DON REMIGIO.

Aquí todo señorito
La suprime, es de rigor.

FRUTOS.

..... Tio calores,
Ya me cargan sus rigores.

¡Con qué verdadera expresion de ternura, sin abandonar el tono que al personaje conviene, promete don Frutos á su novia esa armonía que parece rechazar la desigualdad de la educacion, la distancia de las costumbres!

FRUTOS.

Es tosca mi educacion
Para aspirar á tal moza:
Yo te hago esta confesion;
Pero tengo un corazon
Como de aquí á Zaragoza.
En lo que yo no esté ducho
Corrige tú mis maneras.
Verás que dócil te escucho:
Tú harás de mí lo que quieras,
Siempre que me quieras mucho.
Así, con igual placer,
Y cuando al pie del altar
Me digas: « Soy tu mujer; »
Tú me enseñarás á hablar,
Yo te enseñaré á querer.

Finalmente, ¡qué novedad! ¡qué gracia! ¡y qué sátira tan fina contra los espadachines de oficio hay en el desafío que el capitán hace á don Frutos!

CAPITAN.

Elija usted.

FRUTOS.

Un garrote.

CAPITAN.

Esa es arma de mal tono.

FRUTOS.

Esa es la que yo manejo.

CAPITAN.

Y es digna de ese aparejo,
Mas no la adopta mi encono.
Sentencien nuestro proceso
O la pistola ó la espada.

FRUTOS.

No señor.

CAPITAN.

O el sable.

FRUTOS.

Nada,

Garrotazo y tente tieso.

Lo repito, la moralidad de la concepcion, la manera natural y delicada con que se desata un argumento bien dirigido y combinado, la verdad de los caracteres y la riqueza de los detalles hacen de *el Pelo de la Dehesa* una comedia de primer orden, una comedia digna de los genios que nacieron predestinados á la inmortalidad, la primera comedia del señor Breton de los Herreros, y por consiguiente la primera comedia española de su época. Esto no obstante, repito tambien, que este apre-

ciable autor cuenta otras magníficas producciones entre el crecido número de su repertorio que le han valido justamente la inmensa popularidad de que goza y á la que se ha hecho acreedor, no solo por haber escrito mucho y bien, sino por la constancia con que ha luchado contra las rivalidades y preocupaciones de su tiempo, asunto de que me ocuparé en el número inmediato.

J. M. VILLER GAS.

El Simbolismo caballeresco.

(Conclusion.)

Al rededor de las tumbas de los caballeros se colocaban, como un cortejo fúnebre, figuras emblemáticas sosteniendo los escudos de sus alianzas, en tanto que en la cúspide del monumento dormía la efigie del difunto con las manos juntas, acostada junto á la mujer que habia tenido por compañera, porque era una ley santa el permanecer unidos en el sepulcro con las que la religion declaraba indisolubles. Cuando moria un caballero en alguna batalla, se colocaba sobre su cadáver su bandera y su estandarte, para significar que habia marchado con todos sus vasallos, y que no habia dejado ningun trofeo en poder del enemigo; cuando habia muerto señalándose por una accion brillante, se colocaba un leon á sus piés; cuando perecia en una cruzada, se le enterraba enteramente armado y con las piernas cruzadas; si moria en cautividad, se cubria su estatua con un enrejado; por último, cuando salia de este mundo apaciblemente, en sus dominios ó tiempo de paz, su efigie reposaba sin cota de malla, sin espada ni cinturón, los piés sobre un lebril, emblema del placer de la caza, que constituia la única diversion de la vida feudal.

Los escudos de armas, en los que no se ha visto por espacio de mucho tiempo sino figuras fantásticas, deben ocupar tambien un lugar muy importante en el simbolismo caballeresco. El P. Menestier, que fué el primero que dió algunas explicaciones luminosas para la interpretacion de los jeroglíficos heráldicos, dice con razon, que cualquiera que examine detenidamente el blason, verá que tiene su *teología, su filosofía, su geografía, su jurisprudencia, su geometría, su aritmética, su historia y su gramática*; en efecto, aquí es donde se revela toda la fecundidad del genio alegórico de la edad media; y cuando Vulson de la Colombière dijo que el escudo de armas es la honorífica historia de todo lo que un hombre leal y valiente ha hecho por su Dios, su príncipe y su patria, emite no solamente una verdad general y absoluta, sino una verdad rigurosa, con respecto á ciertos casos particulares. Así, no citando mas que un ejemplo, se sabe que despues de la batalla de Rubinas, Mateo de Montmorency, herido y cubierto todo de sangre, fué á ofrecer á Felipe Augusto doce banderas que habia cogido al enemigo: el rey mojó el dedo en la sangre del caballero, y le dijo señalando una cruz en el escudo, que entonces lo tenia de oro con cruz de plata, cantonado con cuatro aguillitas de azul: — «Quiero que sustituyais esa cruz de plata con otra cruz de gules (roja), y que agreguéis á las cuatro águilas que tenéis ya en vuestro blason, doce águilas desarmadas, en memoria de las banderas que acabais de ofrecerme.

Los orígenes heróicos, tales como el que acabamos de referir, son por lo demás muy raros. Las figuras mas frecuentes están sacadas del derecho de propiedad territorial, de las costumbres feudales, de la religion, del recuerdo de las cruzadas, y de varios animales que son, como es sabido, tratados de historia natural fantástica, que siempre llevan en sí una enseñanza moral. La religion ha dado entre otros al blason el *cordeiro pascual*, los *ángeles*, los *clavos de la pasion*, las *cruces*; el feudalismo ha dado el *ciervo*, la *corneta de caza*, las *parejas de perros*, el *anillo y la criba*, que significan molino ú horno señorial; la *gavilla*, que expresa el tributo en especie impuesto sobre los productos del suelo; el *conejo*, emblema del derecho de acotamiento, etc. La caballería ha dado todas sus piezas de equipo y armamento: el *sable*, la *espada de batalla ancha y corta*, el *yelmo*, las *manoplas*, las *espuelas*. La *lanza*, arma favorita de los nobles, tanto para la guerra como para los torneos, se encuentra con frecuencia en los escudos, en tanto que no se ve ni una sola vez la *alabarda*, que era el arma de los comunes y de la plebe. El *caballo*, que todos los romances de caballería presentan como el inteligente amigo del guerrero; el *leon*, emblema de la fuerza; el *águila*, el *ave de Júpiter y de Roma*, en una palabra, todos á los que se ha convenido en llamar animales nobles, todos aquellos cuyo nombre designa la audacia, son escogidos con preferencia. Solamente se exceptúan de esta regla el *cordeiro* y la *paloma*, porque han sido consagrados por el simbolismo religioso, y si se encuentran en el blason culebras, lagartos, caracoles y grajos, son excepciones muy raras, pero que se explican tambien por leyendas que atribuyen á estos animales cualidades particulares. Citarémos por ejemplo el *armiño*: «Esta es, dice un antiguo heráldico, la piel de un animalito blanco, que tenia naturalmente la cualidad de que prefiere dejarse coger y perder la vida, ántes que pasar por un paraje infecto y lleno de lodo donde pudiese manchar su hermosa piel.» El caballero debia conducirse como el *armiño*, no debia mancharse jamás. En la eleccion de los árboles, flores y frutos, es siempre la idea de excelencia, de superioridad, la que domina. Así, la *encina*, que se encuentra con mucha repetición, es la reina de los ár-

boles, como el águila es la reina de las aves. Los recuerdos de las cruzadas y de las peregrinaciones son expresadas por palmeras, bordones, conchas, *besantes*, moneda que se acuñaba en Constantinopla, y principalmente por cruces, que regularmente conservan en el escudo el mismo color que en los vestidos de los guerreros. Muchas veces el blason, perdiendo toda significacion histórica, religiosa ó feudal, no es mas que un verdadero jeroglífico en que se traducen mas ó ménos exactamente por figuras el nombre de la familia que lo lleva.

De todos los signos heráldicos, la flor de lis es la que ha dado lugar á interpretaciones mas numerosas. Se ha buscado el origen ya en los florones que se unen en algunos monumentos figurados de la segunda raza, ya en la flor de lis de los jardines, ya en un hierro de lanza, ya por último en el tipo degenerado de la abeja imperial. Lo que ha contribuido todavia mas á oscurecer la cuestion, es que se ha encontrado en monumentos asirios y egipcios. La mayor parte de las explicaciones que se han propuesto, presentaban siempre un punto vulnerable, y hemos tenido ocasion de decir, al examinar algunas de estas explicaciones, que este problema heráldico tenia el privilegio de ofrecer á las discusiones de los eruditos un texto indescifrable, que probablemente jamás seria resuelto. Nuestra opinion, con respecto á esto, se ha modificado completamente por la interpretacion que ha dado de aquella M. Duchalais, uno de los hombres que en nuestro tiempo han ilustrado mas la ciencia del pasado, ostentando una precisa erudicion y una sagacidad adivinadora.

M. Duchalais ha probado con numerosos ejemplos, con respecto á las flores de lis heráldicas y á las que se ven en el Louvre á la cabeza de los dioses asirios, que la barbarie, en las artes se encuentra siempre con la barbarie, así como la perfeccion con la perfeccion; que no solamente en la cabeza de estos dioses asirios, sino tambien en otras varias piezas, se encuentran emblemas análogos al emblema de los reyes de Francia. Ha comprobado que la flor de lis se ve desde el siglo VIII en el remate de los cetros y en la corona de la mayor parte de los reyes de la cristiandad, entre otros en la corona de Hunoldo, rey de Aquitania, conservada en el gabinete de antigüedades de Paris.

Sentados estos hechos, estudiando heráldicamente M. Duchalais el emblema real al través de las modificaciones que ha sufrido, ha reconocido que este emblema no era otra cosa que la flor de lis de los jardines, que se presenta bajo las tres formas de *flor de lis abierta*, *flor de lis en mata* y *flor de lis arrancada*; y como no se *arrancaba* en el blason sino trozos de criaturas ó de vegetales, este hecho supone necesariamente que la flor de lis pasaba en la edad media por una planta, y que los visionarios modernos solos lo han puesto en duda.

La *flor arrancada* se colocaba en el campo de los sellos en el escudo del blason; la *flor abierta* ó la *flor en la mata*, en el remate de los cetros, en la mano de los reyes ó de la Virgen. Pero ¿porqué han adoptado los reyes de Francia esta figura? A esto responde M. Duchalais de una manera categórica: El Cristo ha dicho en su Evangelio: «Mirad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, no hilan; y sin embargo, os declaro que Salomon, aun en toda su gloria, no pudo vestirse como ellos, con tanto esplendor y tanta belleza.» (Matth. vi, v. 28, 29.)

El lirio por estas palabras, pues, fué declarado el rey de las flores, y las palabras de Jesucristo no llegan en vano á los oídos de los reyes de la Europa cristiana. Mucho tiempo ántes que los escudos de armas fuesen hereditarios, estos reyes escogieron por emblema personal, dejándose guiar por un instinto religioso, el lirio de los campos, poetizado por el divino Maestro. Los emperadores de Alemania, los reyes de Aquitania, los reyes de Inglaterra, pusieron flores de lis en sus armas, mucho ántes que los reyes de Francia, y en el siglo XII, en la gran época del misticismo, estos últimos adoptaron á su vez el lirio del Evangelio como signo heráldico. Además, el signo de la monarquía cristiana era tambien el signo de la Virgen.

Esta Reina inmaculada del cielo, que la tierra adora de rodillas, ha dado su nombre á la iglesia metropolitana de Paris, capital del reino. Hijos primogénitos de la Iglesia los reyes de Francia, por la misma razon de su título, debian escoger para su blason el símbolo de la Madre de Cristo. El azul es el color de la Virgen, y el azul es el que adoptan en su escudo. Se consideran en la cristiandad, como los reyes por excelencia, los *verdaderos soldados de Dios*; y para expresar este pensamiento llenan su escudo de armas de flores de lis. Estas sencillas y verdaderas explicaciones parecerán seguramente concluyentes á nuestros lectores, como nos lo parecen á nosotros, y si M. Duchalais tiene el mérito de ser el primero que las ha presentado, es porque en esta materia oscura ha sido tambien el primero que ha subido hasta esas fuentes, que no se agotan jamás, como ha tomado la edad media la mayor parte de sus inspiraciones.

Las divisas que sirven de complemento al blason, se agregaban muchas veces á las figuras para expresar de una manera alegórica y breve una sentencia ó un pensamiento moral, ó para recordar algunos hechos históricos. El padre Menestrier distingue ocho especies de estas: 1.º, las divisas equívocas del nombre de las casas que los llevan; 2.º, las divisas de relacion de las piezas de los escudos, de la cimera ó de los soportes; 3.º, palabras enigmáticas y de sentido encubierto; 4.º, proverbios y sentencias claras y evidentes; 5.º, palabras históricas; 6.º, cifras; 7.º, divisas de simples figuras;

8.º, divisas de figuras y de palabras. » Aun en las divisas equívocas del nombre de las familias, se encuentran muchas veces el pensamiento cristiano ó la moralidad práctica. Algunas veces las divisas expresaban recuerdos de familia, ó sucesos genealógicos.

Todas estas fórmulas alegóricas que gustaban tanto en la edad media, formaban una literatura aparte, y los ingenios se ocuparon en hacer divisas para los personajes ilustres. Se compusieron muchas para Juana d'Arc. Ya se la representa bajo la forma de una abeja colocada en lo alto de una colmena, coronada con estas palabras: *Hæc virgo regnum mucrone tuctur*; ya por una paloma blanca, con esta leyenda: *Mares hæc femina vincit*; por una mano con una espada asida, y con esta letra: *Concilio confirmata Dei*; y por último, por un fénix quemándose en una hoguera, con esta leyenda: *Invito funere vivet*.

Los escudos de armas y *divisa* tenian una importancia demasiado grande para ser el privilegio exclusivo de la clase á que en su origen habian sido especialmente consagradas. No hablaremos de las ciudades, abadias, iglesias ni capítulos, que sobre este punto no se distinguian en nada de la nobleza, sino solamente de las corporaciones industriales, que ofrecen la particularidad de que, nacidas de la democracia y desarrollándose contra el feudalismo, imitaron no solamente sus privilegios y su organizacion militar, sino que tomaron de ellas hasta el blason.

En efecto, se sabe que cada gremio tenia sus armas particulares, en las cuales se encontraban reproducidos sus atributos ó sus útiles, al mismo tiempo que la imagen del patron estaba representada en su bandera. En los escudos industriales se ponian tambien divisas. Por último, las casas de los mas sencillos ciudadanos se ilustraron, como los castillos de los mas poderosos señores, con divisas y leyendas. Con muy raras excepciones, las leyendas que se ven todavia en las fachadas de algunas casas antiguas, son graves y severas, y manifiestan que bajo el imperio de las ideas religiosas que dominaban la antigua sociedad, los espíritus se ocupaban vivamente de las reglas morales de la vida. Siempre son la recomendacion de devolver bien por mal, hacer el bien y dejar hablar; reflexiones sobre la vanidad de las cosas humanas, fervientes aspiraciones hacia Dios, preceptos de gran sabiduría y de sencillez suma.

Estas divisas solas bastarian para probar la distancia que separa la sociedad moderna, de aquel mundo que acabó para siempre, de la edad media. Los santos han desaparecido de las muestras, los preceptos morales y las divisas piadosas de las fachadas de las casas, al mismo tiempo que las creencias desaparecian de los corazones; y es seguro que si á algun arquitecto se le ocurriese hoy, por fantasía retrospectiva, reproducir sobre los frisos grabados de nuestras elegantes construcciones, algunos versículos solemnes de salmos, algunas palabras consoladoras de los libros santos, los transeuntes admirados no dejarían de preguntar: ¿Para qué sirve eso? Eso servia en la edad media para enseñar la resignacion al hombre sencillo que ganaba su pan pacíficamente en la casa santificada por las lecciones de la sabiduría divina, y para dar la paz á aquellos que la habitaban: *Pax huic domui*; eso servia para recordar que se debe pensar mejor en vivir sencillamente que en medio del fausto y de los placeres, y que las habitaciones donde tantas generaciones se suceden, no son para el hombre sino posadas de un dia en el camino de la vida, que tan rápidamente pasa.

Se ve pues, por lo que acabamos de decir, que si el orgullo y la vanidad tienen un gran lugar en las instituciones de que hemos hablado, el pensamiento moral y la enseñanza tienen en ellas un lugar mas preferente todavia. La caballería, sin duda, fué alguna vez infiel á sus leyes; el espiritualismo elevado que le habia impreso su sello, encontrándose con la barbarie, se encontró hasta cierto punto detenido por ella; pero al ménos introdujo en el seno del feudalismo la nocion de lo justo y de lo bueno. Elevó hasta el heroísmo y el sacrificio algunas almas escogidas, y confundiendo con el espíritu militar, que no es sino una forma de la abnegacion individual, ha legado á la sociedad moderna un sentimiento nuevo, el honor, que ha dado su nombre á la última órden caballeresca legada por los recuerdos de la edad media á nuestros tiempos de igualdad.

Montenegro y los Montenegrinos.

En la última victoria obtenida por los montenegrinos sobre Osman, bajá de Scutari, han cogido al enemigo diez y siete banderas y cortado la cabeza á trescientos diez y siete turcos. Tal es la noticia contenida en uno de los últimos boletines que acaban de llegar del teatro de la guerra sostenida hoy con el mayor encarnizamiento entre los turcos y los montenegrinos. Imposible parece que exista en Europa á pocos pasos de la frontera y posesiones austriacas, un pueblo capaz de entregarse á tan crueles excesos; aunque bien mirado, la historia nos ofrece ejemplo de las atrocidades que los austriacos cometen hoy en Hungría y en Italia. Pero lo que no tiene explicaciones que los montenegrinos se entreguen á tales actos de venganza profesando un horror mortal á la pena de muerte; pues consta que jamás se verifica una ejecucion en Montenegro donde el mayor castigo que la legislacion reconoce para el mayor de los crímenes es la expatriacion. Un viajero de quien hablaremos despues parece que habló sobre esta materia con el gobernador de Montenegro. «¡Ah!



Montenegro por la parte de Cataro.

dijo este con cierto acento de ternura, la obra mas digna de las naciones civilizadas seria borrar enteramente de sus códigos criminales la pena de muerte, en vez de contentarse con condenar el homicidio mientras le consagran jurídicamente. Sed consecuentes : ¿ es justo y legítimo quitar al hombre por las leyes lo que no se le puede devolver por ellas? » Los publicistas filántropos y los moralistas que tanto han predicado la abolición de la pena de muerte no han presentado jamás tan bello argumento en favor de su opinion.

Esta costumbre bárbara de cortar la cabeza á los prisioneros enemigos, existe desde tiempo inmemorial entre los montenegrinos, y no lleva traza de cesar sin embargo de los esfuerzos generosos que algunos europeos han hecho para ponerla un término. Mientras los montenegrinos sean vecinos de los turcos habrán de renovarse estas escenas de barbarie; porque reina entre los dos pueblos un odio implacable y encarnizado desde hace muchos siglos, que parece ir siempre en aumento, haciendo los unos y los otros continuas excursiones al territorio enemigo con el único objeto de entregarse al robo y al pillaje. En Montenegro cuando nace un niño, cada cual hace sus votos y ruegos al pié de la cuna, y entre estos figura siempre el siguiente : « Que sea enemigo irreconciliable de los turcos » despues de lo cual manifiestan otros deseos que no están en armonía con el primero : « ¡Qué su alma, dicen, sea dulce cómo la claridad de la

luna! ¡Qué brote la miel de su corazon! ¡Qué sea siempre recto como la mas bella retama de los campos! » Subid á una roca de las que forman la línea

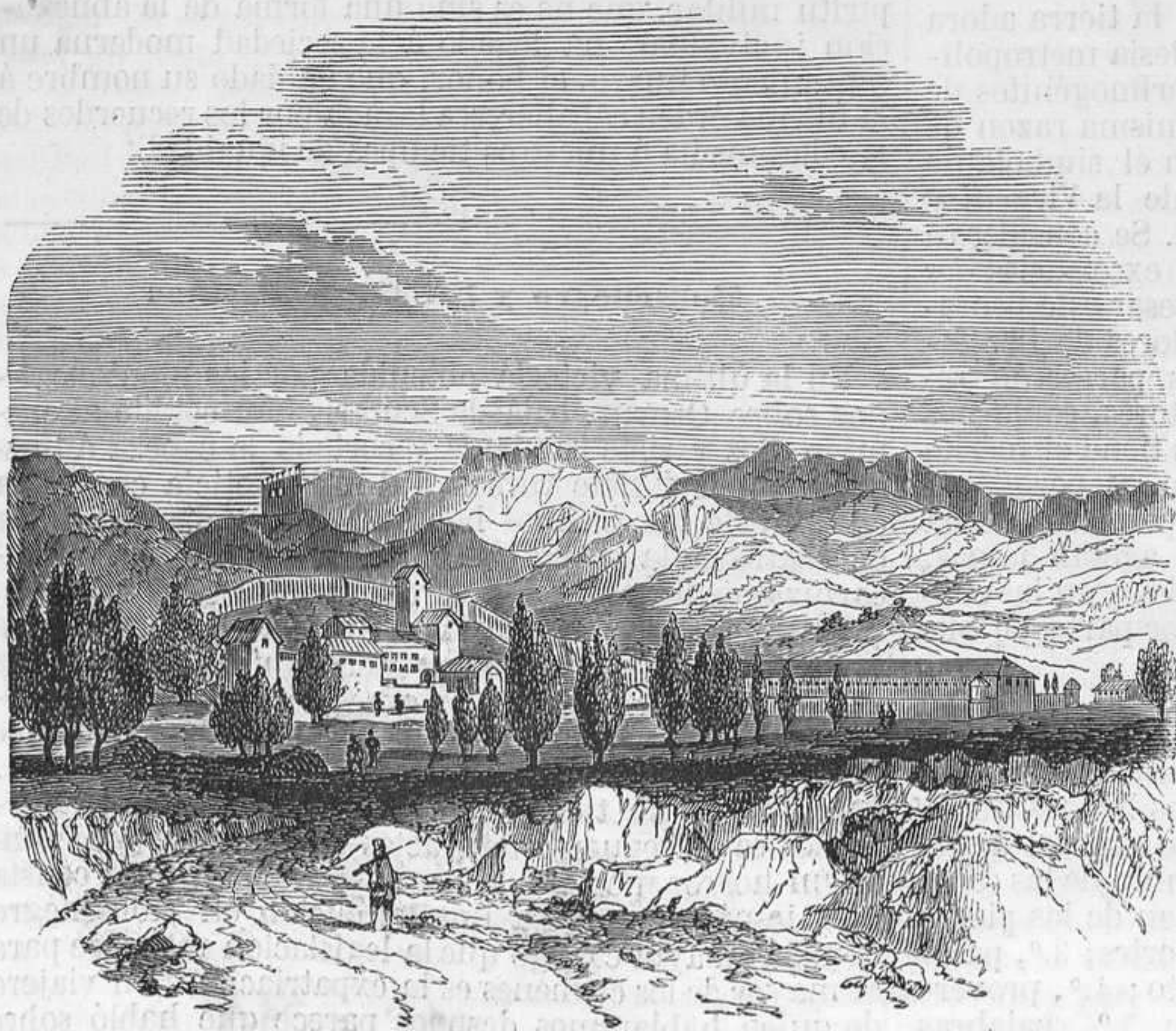
mos que en sus tiempos havisitado la Dalmacia y el Montenegro, y cuyos apuntes nos han servido mucho para este artículo, cuenta que cuando llegó á Cetiña, capital del país, divisó una roca que le llenó de horror. « Levantábase, dice, sobre la cumbre de la montaña una torre redonda, con troneras desprovistas de cañones, pero conté en ella sobre veinte cabezas de turcos colocadas en grandes picas al rededor del parapeto, como trofeo de una de sus victorias. Mas abajo veíanse dispersos sobre la roca montones de huesos y pedazos de cráneos que el tiempo iba reduciendo á polvo. ¡Espectáculo extraño en un pueblo cristiano, en un país de Europa y en las cercanías de un convento! Naturalmente era difícil hallar un rostro bien conservado y reconocer la fisonomía de los turcos en aquellas cabezas expuestas al escarnio durante largos años. Pero la cara de uno que debió ser bastante jóven cuando murió me conmovió particularmente. La contraccion de su labio superior que dejaba ver una blanca hilera de dientes tenia una expresion de horror singular, y manifestaba haber sufrido mucho, ya por el miedo ya por el dolor, en el momento de su muerte. »



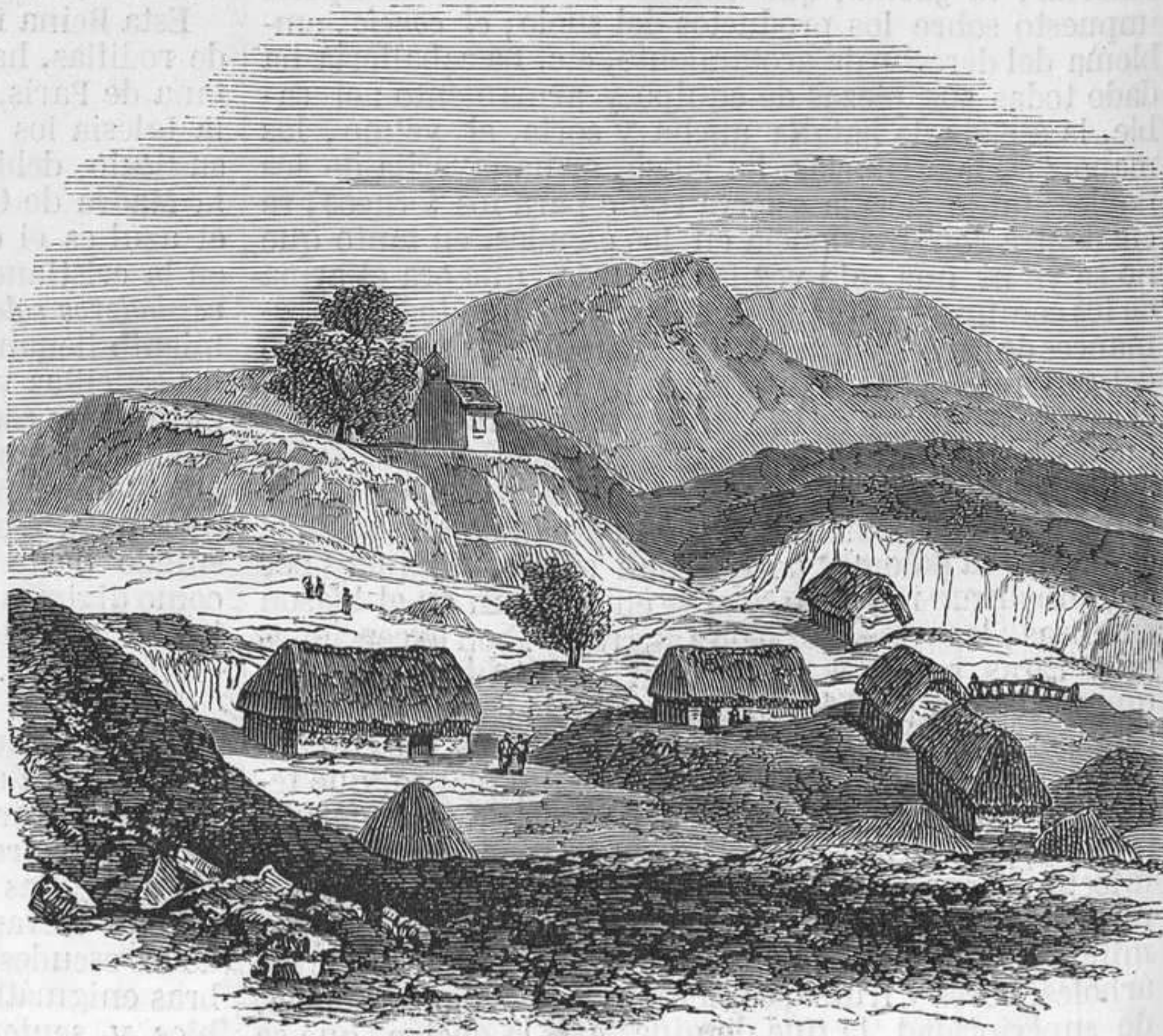
Torre de los Turcos, cerca de Cetiña.

Todavía se conserva en la ciudad y en la misma habitacion del Vladika, el cráneo del bajá de Albania Kara-Mahamud-Bustathia que á últimos del siglo pasado fué dorrotado, hallándose á la cabeza de treinta mil hombres, y luego le cortaron la cabeza los montenegrinos sin que hayan querido devolverla á pesar de

divisoria entre los dos países, y tendid una mirada en derredor vuestro, veréis por un lado y por otro los labradores montenegrinos manejando el arado y armados hasta los dientes. A la primera señal, á la primera voz de alerta, los labradores ponen sus bueyes en lugar seguro, corren al punto amenazado, se entregan al combate mas encarnizado y se vuelve luego cada guerrilla á sus hogares llevando las cabezas de los enemigos en las puntas de sus picas. Un viajero inglés, sir Gardiner Wilkinson, ti-



Ciudad de Cetiña.



Pueblo de Petrovdo.



El Vladika de Montenegro.

pojándole de su uniforme, que se apropió un montenegrino, y que como reliquia se mostraba á los extranjeros algunos años despues, segun dice M. Vialla de Sommières en su tomo I, página 316 (*Viage histórico y político al Montenegro con explicacion del origen de los montenegrinos, pueblo autochthono ó aborigeno y poco conocido*). El autor de esta obra que dirigió el estado mayor de la segunda division del ejército de Iliria en Ragusa desde 1807 hasta 1813, y desempeñó el cargo de comandante de Castel-Nuovo y de gobernador de la provincia de Cattaro, decia indignado de estas atrocidades cometidas por los montenegrinos. «Durante el sitio de Castel-Nuovo, algunos montenegrinos en los vapores de su embriaguez, se divertian jugando á los bolos con las cabezas de cuatro franceses, apostrofándolas del modo mas inhumano. *Gleda, gleda*, (mirad, mirad,) se decian los unos á los otros á cada instante, *¡que bien ruedan las cabezas francesas!*... Ironia cruel para hacer alusion á la ligereza de que se nos acusa.»

Estos feroces guerreros, prestan á sus mismos hermanos el servicio de cortarles la cabeza cuando les ven



El Vladika de Montenegro. Traje sacerdotal.



Habitante de Montenegro.

las instancias que para conseguirlo ha hecho la Puerta; del mismo modo que los indios de América guardan cuidadosamente las cabelleras extraídas por el escalpelo. Pero nunca los montenegrinos cogieron tan abundante cosecha de cabezas como en la famosa jornada del 22 de setiembre de 1798, cuando Ali, el poderoso y altanero bajá de Janina, abandonando las dulzuras del serrallo, se dirigió contra los montenegrinos á la cabeza de setenta mil otomanos, animado por la idea de castigar el orgullo de estos intratables montañeses, que habian tenido el atrevimiento de resistir á sus generales y rehusaban pagarle un tributo arbitrario. Algunos millares de montenegrinos bastaron para deshacer este considerable ejército.

En tiempo del imperio, cuando la Dalmacia vino á ser provincia francesa, los montenegrinos aliados de los rusos hicieron sufrir algunas derrotas al ejército francés, logrando en una de sus emboscadas sorprender al valiente y harto confiado general Delgorgues á quien segun su abominable costumbre cortaron la cabeza, des-

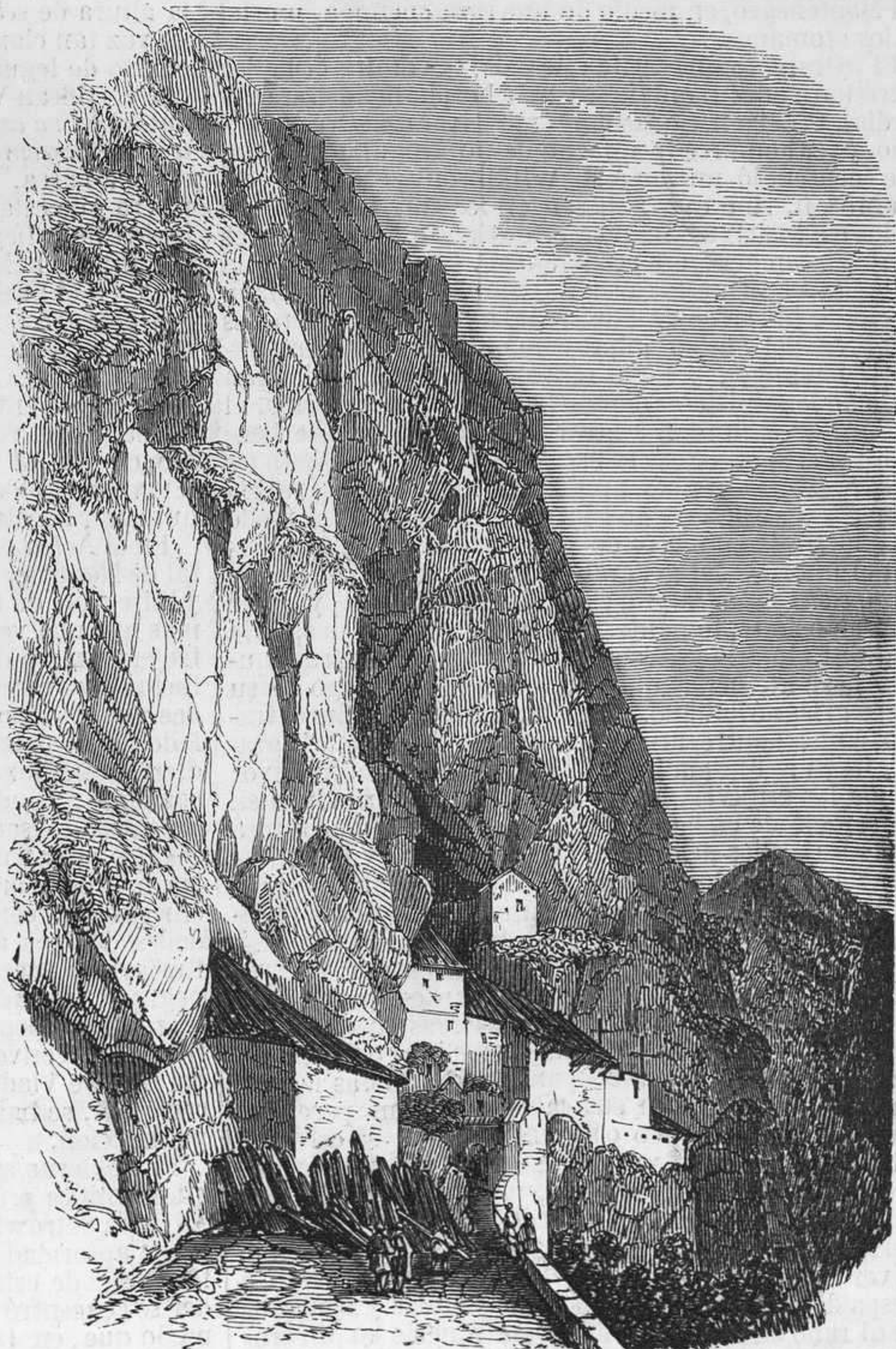
Aterrado de semejante proposicion el oficial hizo su último esfuerzo, reunió sus fuerzas y pudo llegar á donde estaban sus camaradas, ayudado del complaciente montenegrino. He aquí otra anécdota del mismo género. «Hará poco mas de diez años, durante la guerra sostenida entre los austriacos y los montenegrinos, que parecen dispuestos á mantener en perpetua inquietud á sus vecinos tan pronto del Este como del Oeste, viéndose dos cazadores imperiales vivamente ostigados por un puñado de montañeses, se arrojaron al suelo, boca abajo, fingiéndose muertos ó para conservar la locucion inglesa que es mas original *pretending to be dead*. Al instante se lanzaron sobre uno de ellos los montenegrinos, y aun creyendo que estaba muerto, le cortaron la cabeza. El otro observando que *no ganaba nada con morir* se, levantó y empezó á brincar de precipicio en precipicio á riesgo de romperse las piernas y los brazos como, en efecto, así sucedió.»

Hemos dicho que los europeos han trabajado porque los montenegrinos renuncien á sus sangrientas costum-



Convento superior de Ostrok.

heridos en el campo é incapaces de resistir al enemigo que se aproxima, por la razon de que consideran infaliblemente condenados á morir á los prisioneros. Citarémos á propósito de esto un hecho característico referido por M. Broniewski, oficial de la marina rusa, hecho que tuvo lugar en la época en que los montenegrinos combatian al lado de los rusos. «En el sitio de Clobuk, dice, un destacamento de nuestro ejército se vió obligado á emprender la retirada. Un oficial, que no era joven, rendido de cansancio, se tendió en el suelo, no pudiendo dar un paso mas, cuando un montenegrino que le apercibió corrió á él, y sacando su cuchillo, le dijo: *¡Vos sois un bravo, amigo mio, y por esta misma razon debeis desear que yo os corte la cabeza; haced pues, alguna oracion y la señal de la cruz!* —



Convento inferior de Ostrok.

bres. M. Broniewski refiere que un general del ejército ruso había logrado algo dando á los montenegrinos un ducado por cada prisionero que le presentasen. En la obra de sir Gardner Wilkinson hallamos una carta dirigida por este viajero al *vladika* de Montenegro relativa al mismo asunto. El príncipe-obispo había, efectivamente, encargado á M. Wilkinson que después de visitar el territorio de los montenegrinos se volviese á Turquía y entablase negociaciones con el bajá de una provincia vecina (Herzegovina) á fin de que los turcos por su parte renunciasen á unos usos que la civilización actual condena. Pero ya es tiempo de hacer la descripción del país de que vamos hablando.

El Montenegro es un territorio erizado de rocas sombrías (de donde los italianos le llamaron Monte-nero) como enclavado en el imperio turco por el Este, Norte y Sud, y tocando por el Oeste con la provincia de Cattaro: hállase situado entre los 42° 40' y 42° 56', de latitud Norte y los 18° 41' y 20° 22' de longitud Este. Los turcos le designan con el nombre de *Karadagh*, y los montenegrinos bajo el de *Tzernagora* cuyas denominaciones equivalen á Montenegro ó montaña negra. Formaba este país en otro tiempo el S. O. del imperio de Serbia, destruido por los turcos en 1389 después de la sangrienta batalla de Kossovo, donde pereció el rey Lázaro. Todo el país con sus montes plagados de tortuosos y estrechos desfiladeros, sus rocas elevadas y formando punta, y sus inmensos precipicios, da una idea de lo que debía ser el mundo en la época del caos; y cuanto mas uno se interna, mas comprende la verdad de aquella leyenda montenegrina, según la cual *Dios, al crear el mundo, tenía las rocas revueltas en un saco y las iba echando una por una en nuestro globo; pero de pronto se reventó el saco, y todo lo que contenía fué á caer en el punto que hoy forma el Montenegro*. Su extensión es de unas 50 millas de N. á S. y 30 del E. al O. Divídese en ocho departamentos ó nahias gobernadas por *sirdars* y *voivodes*, dignidades hereditarias en ciertas familias y puramente honoríficas, porque ningún empleo público tiene allí retribución, en lo cual tienen algo que envidiar y aprender muchas naciones que enfáticamente se llaman cultas. Los nahios se dividen en comunes ó *plemenas* regidos por *knés*, es decir, condes y *berarkdars* ó porta-banderas. He aquí los nombres de las ocho nahias con el número de sus comunes y habitantes: 1. *Tchernitza*, siete comunes, 12,000 habitantes — 2. *Katunská*, ó Cattuni, nueve comunes, 34,000 habitantes — 3. *Rieska*, cinco comunes, 11,300 habitantes — 4. *Liessanska*, tres comunes, 4,800 habitantes — 5. *Bielopaulichi*, tres comunes, 14,000 habitantes — 6. *Piperi*, tres comunes, 8,500 habitantes — 7. *Moraza*, tres comunes, 9,100 habitantes — 8. *Kutaska*, cinco comunes, 16,300 habitantes, lo que hace próximamente una población de 100,000 almas. El número de los habitantes se considera aumentado desde 1692, época en que no pasaban de 13,498, según el informe de Gerónimo Dolfin á la república de Venecia. ¿A qué deberíamos atribuir este aumento de población? A la tiranía de los turcos que ha obligado á pueblos enteros á buscar un asilo en las montañas inexpugnables del Montenegro, en medio de una raza enemiga, mortal de los otomanos.

El extranjero que visita este país, se admira de hallar entre tan rudos montañeses una hospitalidad franca y cordial. Prodigánsese las mas expresivas muestras de cariño, y los hombres le abrazan de tan singular manera, que sorprendió mucho á M. Wilkinson, porque no solo le abrazan, sino que le besan en los carrillos y en los labios: « Distribuyen, dice este viajero, estas señales de afecto con generosa prodigalidad. Cuando yo me veía obligado á sufrir esta carga de cumplimientos y hallaba medio de librarme de ella, echaba mi cabeza sobre los hombros del amigo improvisado (mejor pudiera llamarle enemigo), y no la retiraba hasta que se habían calmado las amistosas demostraciones. » Las mujeres, al contrario, se limitan á besar las manos, lo que hace decir á cierto autor que es una lástima no se cambiasen los papeles; pero en verdad, pregunta M. Wilkinson, ¿habría alguna ganancia en esto? La naturaleza ha escatimado sus dones á las mujeres de Montenegro. « Son feas, según el informe del general de Vandoucourt (*Historia y descripción de Montenegro*, en la *Revista del Norte*) y su tez tiene algo de repugnante. Solamente en las costas, en la parte de Dalmacia y de la alta Albania se encuentran mujeres bastante bellas que conservan algun rasgo de su origen griego ó italiano. » En todo lo demás, los duros trabajos á que se entregan, destruyen completamente la gracia y frescura que pudiera haberlas dado algun atractivo; porque las mujeres, entre los montenegrinos, viven en una especie de esclavitud, hasta el punto de que nunca se habla de ellas delante de un extranjero; y si por casualidad el marido se ve obligado á nombrar á su mujer, tiene buen cuidado de excusarse en estos ó parecidos términos: « hablando con perdon de usted. » Así, son las mujeres las que trabajan en el campo, excepto en el arado, y las que trasportan los fardos, siendo estos tan pesados, que un hombre de los mas fuertes entre nosotros correría peligro de entregarse á tal ejercicio; y mientras las infelices se ocupan en tan penosas faenas, los maridos tendidos en sus cabañas fuman perezosamente la pipa, cantando canciones en que se celebran los triunfos alcanzados por los montenegrinos sobre los turcos. La sola ocupación del hombre allí, la única que le parece digna de su sexo, es la de hacer incursiones en el territorio otomano. Nada hay mas raro y curioso que ver á las montenegrinas llevar la pesada carga á las espaldas echando por delante sus mulas y agarrándose al rabo de estas para evitar la muerte en un tropezon que las haría rodar á un abismo, subir y bajar

de este modo aquellas enormes rocas que se levantan verticalmente sobre Cattaro á donde van á vender sus frutos.

Es muy singular, cuando se sabe el trato que los montenegrinos dan á sus mujeres y los trabajos penosos á que las someten, oír á M. Violla de Sommières gritar con entusiasmo: « ¡Oh sexo á quien todo noble corazón debe querer y reverenciar! Digno de estimación es este pueblo que en sus costumbres infantiles sabe apreciar tan bien tus virtudes y reconocer tu verdadero imperio. » Y este viajero parte de esta suposición para ensartar el pomposo idilio: « sin tí, sexo consolador, sin tus miradas estimulantes, etc., etc., » en que brilla un exquisito sentimiento de galantería que es muy natural en un soldado francés, pero que no nos parece exacto tratándose del país de Montenegro.

El vestido de las mujeres en los dias festivos se compone de un ropón de paño, sin mangas, abierto por delante, que baja hasta los tobillos, y que lleva varios adornos, como bellotas de colores, trenzas, etc.; la guarnición por delante es de oro. Al cuello se ponen cadenas, medallas de oro y collares; y en las orejas llevan pendientes sujetos á sus largas trenzas de cabellos. Las jóvenes traen en la cabeza una gorrita adornada con medallas turcas de plata, con *paras*, escalonadas, de las cuales baja sobre los hombros un velo bordado. El tocado de cabeza de las mujeres casadas se diferencia solamente en que las *paras* estan substituidas por una cinta de seda negra, ó por una venda con ribetes dorados. Su túnica está bordada en sedas por el pecho y por las mangas perdidas; algunas veces llega hasta los tobillos; en el caso contrario, traen un delantal de lana de colores con una franja por abajo, y un cinturón adornado con tres ó cuatro hileras de cornelinas encarnadas. Su calzado es como el de los morlacos, es decir, sandalias llamadas *opanches*, cuya suela es de becerro sin curtir. Estos *opanches* son indispensables á quien quiere recorrer los estrechos senderos de Montenegro; una vez acostumbrado á ellos, se los prefiere á todo calzado.

La vida que llevan las mujeres de Montenegro debe de hacerlas extremadamente robustas. Así lo que es duro para las mujeres de otros países, es muy ligero para ellas. Durante su embarazo no interrumpen sus labores habituales; parten donde les coge, muy frecuentemente en el campo, sin socorro y sin preferir un quejido. Al recobrar el uso de los sentidos, envuelven al recién nacido en el delantal, y lo llevan, para lavarlo, á la fuente ó riachuelo mas inmediato. En la ceremonia del bautizo, si el recién nacido es varón, su padre coloca al lado del niño pistolas, yataganes, etc., á fin de que se habituen sus ojos á la vista de las armas que habrá de manejar un dia. Educado de tal manera, el joven montenegrino se hace muy pronto digno émulo de su padre. El traje de los hombres se parece mucho al de los albaneses, como indican los grabados. Como estos, traen bigotes, pero no barba, excepto los frailes y los que se dedican á la carrera eclesiástica. Los montenegrinos son de elevada estatura, hasta el punto de ser comun la altura de seis piés y de mas. Son ágiles y vigorosos; su voz tan clara y fuerte, que pueden conversar á un cuarto de legua de distancia. No inventamos el hecho, que certifican Violla de Sommières, M. Wilkinson, y el autor de *Una excursión por Montenegro* dice (véase *Blackwood's Magazine*, enero 1835) que, atravesando un rio en una barca, fué interpelado por un habitante de la ribera que estaba á dos millas de allí. Dotados de excelente salud, llegan á una edad muy avanzada. Violla de Sommières habla de una familia, en la cual fué recibido, en el pueblecillo de Schiechlich cerca de Negosh, que contaba seis generaciones. El jefe de aquella familia tenia ciento diez y siete años, el hijo ciento, el nieto ochenta y dos, el biznieto sesenta; el hijo de este, de edad de cuarenta y tres años tenia un hijo de veintinueve, el cual á su vez tenia uno de dos años. M. Flourens, que cita en el último número del *Journal des savants* (Enero 1853) los mas notables ejemplos de longevidad humana, ha olvidado este caso.

En el *Nahia* de Katmeska, ó Cattuni, se halla la capital de Montenegro, Cetiña, seguramente la mas pequeña y miserable de todas las de Europa, puesto que no tiene mas que una veintena de casas. M. Wilkinson duda entre el número diez y nueve ó veinte, cosa de fácil solución. Los alrededores de la ciudad son áridos, desnudos y desolados. Cetiña es la residencia del *vladika*. Al lado de su palacio, — palabra muy ambiciosa que pudiera reemplazarse con el de barraca — se levanta un convento, fundado en 1485 por Ivan Tzernoievich, muchas veces saqueado, destruido y quemado por los turcos. En él se guarda el tesoro, los hábitos pontificales, las mitras adornadas de piedras preciosas, las cruces enriquecidas con diamantes, los cálices y otras preciosidades debidas á la liberalidad de los emperadores de Rusia, que egeren cierto patronato religioso en Montenegro, que practica el rito griego. La Rusia paga anualmente una pensión de 47,000 florines al *vladika*. En frente del convento de Cetiña que encierra el sepulcro del célebre *vladika* que resistió á tantos bajás enviados contra él, se halla la horrible torre de que se ha hecho ya mencion.

El gobierno se halla confiado á un *vladika*, palabra que significa príncipe ó comandante, y que hereda la familia de Petrowitch. Anteriormente, el *vladika* compartía su autoridad con un gobernador, pero, en 1832, las funciones de este último fueron abolidas, y todo el poder se concentró en las manos del príncipe-obispo, de modo que, en 1851, el *vladika* reunió al oficio de gran sacerdote, el de jefe civil, militar, judicial, etc. Cuando

se le dirige la palabra, se acostumbra darle el título de *sveti vladika* (*sveti* quiere decir santo); pero en la conversacion solo se llama *gospodar* (señor). En los documentos oficiales se le pone algunas veces *al metropolitano de Scanderia* ó Scutari. « Su habitación, dice M. Wilkinson, es un grande edificio blanqueado con cal, de un solo piso, con un patio abierto por delante y por detrás, rodeado por una muralla flanqueada en las cuatro esquinas con una torre cuadrada. Todos los apartamentos dan á un corredor, á cuyo extremo se hallan los que ocupa el *vladika*. La pieza principal es una sala de billar que sirve de salon y comedor, junto á ella hay una especie de biblioteca con mas pipas que libros, y colgados en las paredes se ven trofeos de escopetas y otras armas. En el patio yacen algunos cañones procedentes de los turcos. El *vladika* sigue en la mesa las costumbres europeas; pero me admiró encontrar un almuerzo servido á la inglesa, entre otras cosas inesperadas, con manteca fresca, artículo, de que me veía privado desde mi viaje á Dalmacia. La lengua que prefiere hablar con los extranjeros es el francés, aunque entiende el italiano y el alemán. » El *vladika*, de quien se trata aquí, y del cual, M. Wilkinson alaba mucho los modales urbanos y afables, y su generosa hospitalidad con los extranjeros, era el tío del obispo actual, que murió en octubre de 1851. Era un hombre muy notable por la viveza de su imaginación, y la extensión de sus conocimientos. Aunque dió en muchas ocasiones pruebas de valor, desdeñó la guerra, é hizo los mayores esfuerzos para inclinar á otra parte la inteligencia y actividad de los montenegrinos. Nadie apuntaba un cañon mejor que él; nadie tiraba como él con pistola ó escopeta, hasta el punto de atravesar un limon que un criado arrojaba al aire; pero hacia poco caso de la gloria que resultaba de tales proezas. Nacido en 1815 en Era-Kovich, municipalidad de Negosh, educado en la corte de Rusia, se distinguió por su mucha inteligencia, y los progresos que hizo en la teología, las ciencias exactas, la geografía, etc. Pedro Petrowitch, que añadía á su nombre el de Negosh, su suelo natal, fué llamado en 1830 al gobierno de Montenegro, en reemplazo de su tío, que habia reinado cincuenta y tres años, durante los cuales, no cesó de trabajar para pulir, y civilizar las costumbres rudas y feroces de su pueblo. Montenegro le debe algunos caminos, la fundación de dos escuelas, la de un senado de doce miembros compuesto de los hombres mas notables de la nación, y la de un tribunal nombrado por el *vladika*, etc. ¡Y cuántas dificultades no halló que vencer para esto! Sus tentativas de mejora se estrellaron muchas veces contra los hábitos de rutina de su pueblo. Pero no obstante, no limitó su ambición, á ser el regenerador político de la raza montenegrina, sino que quiso ser tambien su poeta. M. Wilkinson menciona el hecho sin citar obra alguna de aquel príncipe que manejó sucesivamente la cruz episcopal, la espada y la pluma. Felizmente, hemos encontrado en un diario alemán algunos detalles sobre sus escritos poéticos, en los que el vigor va unido con la gracia. Los mas notables son el poema de *Stjepan Mali*, ó Esteban el Chico, impostor atrevido, que consiguió, sorprendiendo la credulidad sencilla de los montenegrinos, pasar por el emperador de Rusia, Pedro III; las escenas populares son en él, á lo que parece, de un vigor y habilidad verdaderamente dramáticas; el de *Ogledolo*, es decir, el *Espejo*, preciosa colección de los cantos populares de la Servia; *Gorski vjenac*, ó las flores de la montaña, etc. Otras dos colecciones de versos han aparecido en 1850. « Los Slavos, dice el mismo papel, pierden en él un poeta y un sabio eminente. » Aunque era el jefe de la religion, pocas veces llevaba su vestido pontifical, compuesto de una larga túnica abierta por delante, que deja ver otra de la misma largura, sujeta por un cinturón; la cabeza cubierta con un gorro recto y alto, como el de los sacerdotes griegos, del cual pende un velo negro que flota sobre los hombros. Prefería el traje militar, muy extraño para un obispo, (véase en el grabado) y que es, salvo algunas adiciones de su capricho, tales como la corbata de seda y los guantes negros de cabritilla, el usado generalmente por los *vladikas*. Este traje por otra parte, sentaba muy bien á su alta estatura de seis piés y ocho pulgadas. No olvidemos decir que fundó una orden para recompensar el mérito, la orden de *Melos-Obilin*, que consistía en una medalla de oro. Antes de morir, recomendó con instancia á su sucesor que mantuviera relaciones amistosas con el Austria; en cuanto á la Rusia, inútil era prevenirlo.

El personaje mas considerable después del *vladika*, es el *archimandrita*, que reside en Ostrok, en la frontera de la Herzegovina. Ostrok no tiene importancia sino á causa de su convento, dividido en dos partes distintas. La una el convento inferior está fortificado de manera que pueda resistir á los golpes de mano de los turcos; la otra parte es el convento superior, abierto en la roca, y que contiene el polvorin de Montenegro. En él se vé el sepulcro de san Basilio, visitado por muchos peregrinos; de los cuales, los mas devotos suben de rodillas el peligroso sendero que conduce al monasterio. Este convento, que por su posición inexpugnable, recuerda el de Megaspelion en la Moréa, fué atacado en 1768, por 30,000 turcos, que se vieron obligados á retirarse por la resistencia de un número muy corto de montenegrinos. ¿Cómo podrá la Puerta someter jamás un pueblo cuyo valor personal se duplica con la confianza que tiene en los recursos naturales del país?

Buena vida se pasa en el convento de Ostrok, por lo que refiere M. Wilkinson. Los frailes tienen cierto estanco en el cual se conservan truchas muy gordas. El

viajero inglés habla de una de ellas del peso de veinte okas, ó sesenta libras. Este monstruoso ovíparo puede ir á la par con la toronja de dos libras, y el melocoton de diez y siete onzas de que habla Violla de Sommières, «frutos que causaron gran admiración — y lo creo bien — á todos los franceses que los vieron.» La trucha es un pescado muy común en los ríos de Montenegro. Las hay de dos especies; la una blanca, llamada *skila*; la otra, asalmonada, mas succulenta, se llama *liepien*, probablemente de *liepo* (hermoso). Otro pescado muy abundante es la *scoranza*, especie de sardina, que sea fresca, ó salada, tiene un sabor delicado. Los montenegrinos la preparan en parrillas con aceite, ajo y perejil. Es uno de los artículos mas productivos de Montenegro. Por eso, la pesca de la *scoranza*, que se hace dos veces al año, cuando el pescado remonta abundantemente del lago Scutari, da lugar á una fiesta solemne, en la cual no faltan las ceremonias religiosas. Como la subida de las *scoranzas* coincide con la aparición en el país de cierta cantidad de cornejas, se sirven ingeniosamente de estas para coger aquellas, y he aquí como se disponen algunos andamios con ramas de árboles, para que las cornejas vengan á posarse en ellas; se hacen oraciones, despues, los directores de la pesca arrojan al río, siempre remontando, granos de trigo y otras semillas menudas quebrantadas y trituradas en una mezcla de aguamiel casi fermentada. Los pescados suben á montones á la superficie para cebarse. En seguida que las aves los perciben, se lanzan hácia ellos dando gritos penetrantes. Los peces espantados con el ruido y la vista del enemigo, se precipitan ciegamente en las nasas, que rebosan de ellos, y que los trabajadores sacan en seguida para desocuparlas y ponerlas en barricas preparadas con este objeto. La pesca dura una quincena de días, segun el influjo de la estación, que anticipa ó prolonga la partida ó estancia de las aves trashumantes. » Sommières, á quien citamos, hubiera podido añadir que los chinos emplean el mismo medio de pescar; solo que, en lugar de la corneja, se sirven del cuervo marino. En los dos casos, la pesca no es pesca, sino una especie de caza. ¡Desgraciado el montenegrino que matara una corneja! Este pájaro es sagrado como lo era el tántalo entre los antiguos egipcios.

La pesca es uno de los recursos de los montenegrinos, como lo es la agricultura y el ganado lanar, porque no tienen industria, ni otro comercio que la venta de carneros en Cattaro y Ragusa. Si fueran especuladores, podrían sacar partido de la madera de sus bosques. Como los árabes, son pastores, y saben batirse; ahí está todo.

Don Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

II.

Es Felipe segundo rey altivo
Cuya mirada al mas valiente arredra,
Implacable en sus odios, vengativo,
De alma de hierro y corazón de piedra.
Odia á Perez de muerte, y fugitivo
Sabe que en Francia junto al trono medra,
Do está seguro que del rey de España
No ha de alcanzarle la tremenda seña.

Sonrióse el monarca castellano,
Y su sonrisa amarga hiel contiene:
La distancia quisiera con su mano
Estrechar que le aparte del Pirene.
«Hienda, dice, la trompa el aire vano,
Grito de guerra el universo atruene,
Y ¡ay! de aquel que no doble la rodilla
Delante de los tercios de Castilla.»

Llama al de Vargas, general preclaro,
Cuya armadura, como indica el mote,
De un esguízaro fué, de gloria ayaro,
Que osó oponerse de su lanza al bote.
Mas de una vez hizo pagar muy caro
Su obstinado teson al hugonote,
Con cuya sangre que encendió la rabia,
Logró teñir las dunas de Batavia.

«Vargas, le dice el rey, mis intenciones
Revela con tu espada á los franceses:
Acaricien sus brisas mis pendones,
Y refleje su sol en mis arneses.
Abra paso Aragon á mis leones,
O regaré sus pueblos y sus mieses
Con sangre del rebelde ó altanero,
Que osa á mis leyes oponer su fuero.

» Sé bien que de Aragon en los Estados,
Segun los fueros del país, no pueden
Penetrar mis intrépidos soldados...
¿Mas qué importa que fueros se lo veden?

Ellos penetrarán, son denodados.
Los fueros todos bajo el hierro ceden,
Y solo, mientras ciña la diadema,
Fuero ha de ser mi voluntad suprema.»

Dice, y bien pronto la guerrera trompa
Asorda de Castilla los confines,
Y se despliega belicosa pompa
Al estruendo de cajas y clarines.
No hay fila ni muralla que no rompa,
Mandada por sus bravos paladines,
Aquella tropa que á la voz de guerra
Hace temblar y retemblar la tierra.

El aire de penachos se salpica,
Y do quier se enarbola una bandera,
Y se fatiga el sol con tanta pica
Dó sus rayos de fuego reverbera.
En el blanco pavon se multiplica
De tanto peto y fulgida cimera
Con que brillan, formando pelotones,
Dos mil caballos, doce mil peones.

Marchan, y en tanto la terrible nueva
En alas vuela de la rauda fama,
Y el descontento á Zaragoza lleva,
Y súbito furor do quier derrama.
Despechada la plebe se subleva,
Y don Diego de Heredia airado exclama:
«Huelle el rey en buen hora nuestros pechos,
Mas guárdese de hollar nuestros derechos.»

Es, por su daño, de Aragon Justicia
Juan de Lanuza, jóven arrogante,
A quien la suerte apareció propicia,
Pues en cada beldad le dió un amante.
Mas la suerte que agora le acaricia
Le mostrará ceñudo su semblante,
Que la fortuna tiene un mimo falso,
Y al lado del placer pone el cadalso.

¡Desdichado doncel! ¿sin experiencia,
Podrá sobrellevar el grave cargo
Que de él exige madurez, prudencia,
Meditación continua, exámen largo?
Ya de espinas se eriza su existencia,
Se encuentra el triste en un conflicto amargo,
Y en la terrible situación que cruza
Naufragará tal vez... ¡pobre Lanuza!

Ve delante la espesa polvoreda
De un numeroso ejército que avanza,
Detrás la plebe desbandada queda
Con su brio y anárquica pujanza.
¿Cómo podrá salir de esta vereda?
Para evitar la funeral venganza
Con que amaga la cólera del trono,
Del populacho espónese al encono.

¿Correrá de la guerra los azares
Sin mas soldados que la turba loca,
O se opondrá á las hordas populares
Cuya terrible indignación provoca?
Donde quiera ve escollos á millares,
Y sin saber que decidir, convoca
En momentos tan tristes y apurados
A los lugartenientes y letrados.

Bien pronto el grave son de una campana
Va sus ecos sembrando en el espacio,
Y el pueblo todo en penetrar se afana
De la diputación en el palacio.
En la sala cubierta de oro y grana
Entraron los jurados muy despacio,
De gramallas magníficas vestidos,
Y por Miguel Santangel presididos.

De Santangel en pos y los jurados
Los diputados vienen, y en seguida
El Justicia, asesores y letrados,
Y un sin fin de otra gente esclarecida.
Ambitos del salón tan dilatados
No á concurrencia bastan tan crecida,
E imponen los semblantes y los trajes
De tantos distinguidos personajes.

Todos toman asiento, y solamente
De pié queda en cada ángulo un macero,
Que aumenta de aquel acto lo imponente
Con su semblante inmóvil y severo.
De Felipe el retrato ve la gente
Del salón colocado en el testero,
Quien con gesto feroz y horrible traza
Al Justicia parece que amenaza.

Son de las artes soberanos dones
Las franjas de las rojas colgaduras
Y salpican los altos artesones
Caprichosos dibujos y molduras.
Las efigies de reyes y varones,
Célebres por sus hechos y aventuras,
Puestas allí cual páginas de historia,
Del concurso ejercitan la memoria.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

El teatro antiguo.

Son curiosas, y dan una idea de lo que fué en ciertas épocas el teatro y los representantes españoles, las siguientes reglas dictadas por el Consejo de Castilla, de acuerdo con los teólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embargo, ántes y despues de dictarse estas reglas hubo gran libertad en nuestros teatros, especialmente en la representación de comedias, aunque hiciesen tanto daño en las costumbres como las de Lope de Vega. He aquí estas reglas, que pueden considerarse como una transacción del Consejo de Castilla con la opinión y la costumbre, pues aquel quería nada ménos que los tales espectáculos se desterraran del reino.

I. Que las compañías fuesen seis ú ocho, y que se prohibiesen las llamadas de la Legua, en que andaba gente perdida en los lugares cortos.

II. Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que todo esto fuese sin mezcla de amores; que para conseguirlo se prohibiesen casi todas las que hasta entónces se habian representado, especialmente los libros de Lope de Vega, que tanto daño habian hecho en las costumbres.

III. Que en ningun lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del Consejo.

IV. Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el degollado de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos ó modas, sino la compostura del pelo que se usase.

V. Que ningun hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representación no obligase á que se muden, como de labradores á otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombres; y que sacasen las basquiñas hasta los piés.

VI. Que no se cantasen jácaras, ni sátiras, ni seguidillas, ni otro ningun cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviere indecencia, desgarro, ni acción poco modesta; sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuenta, y todo con la mesura, que en teatro tan público se requeria; y que los cantares y bailes que tuviesen alguna representación, no se pudiesen decir ni hacer, sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del Consejo.

VII. Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras; y si el baile fuese de calidad, que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con acción y modo muy recatado.

VIII. Que no pudiese bailar ni cantar, ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se habia mandado.

IX. Que los vestuarios estuviesen sin gente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes; y que la comedia se empezase á las dos en invierno, y á las tres en el verano porque no se saliese tarde.

X. Que asistiese un alcalde á la comedia, en la forma que se acostumbraba, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna, aunque se repitiesen muchos días; y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles, y procurando desterrar de ellas la gente ociosa que las frecuenta, no con poco escándalo de la corte.

Por un sugeto que escribía ó avisaba á otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice así:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid, es en las leyes que se han puesto á comedias y á comediantes. Hanse hecho á instancia de don Antonio Contreras, del Consejo real de Castilla y cámara. En primer lugar, que no se puedan representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias ó vidas de Santos: que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas: que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas: que no se puedan representar comedias nuevas, nunca vistas, sino de ocho en ocho días: que los señores no puedan visitar comediantes ninguna, arriba de dos veces: que no se hagan particulares en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla, y de los consejeros, etc.» *Aviso primero de marzo de 1644.*

Un paseo por el Levante.

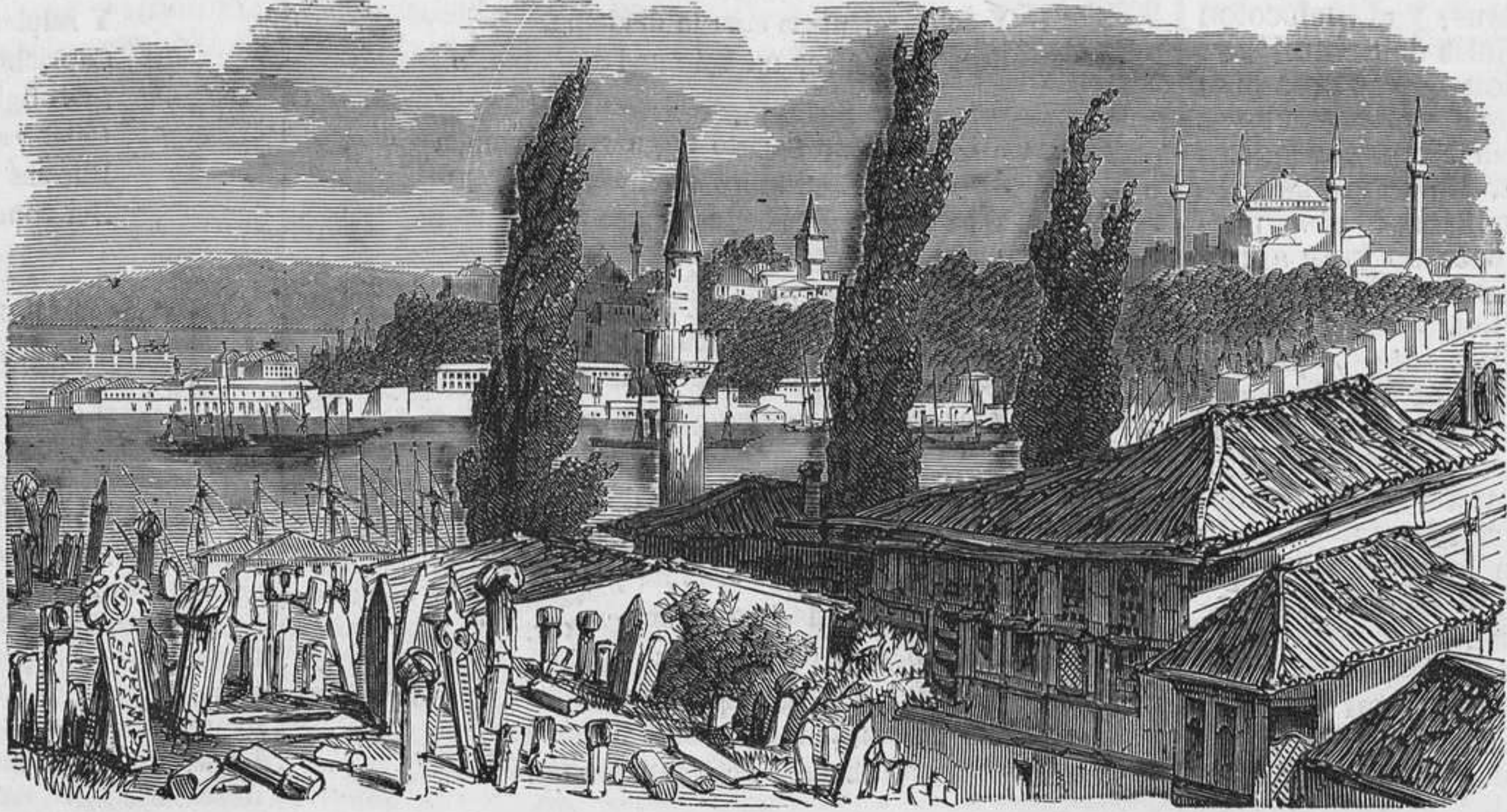
CONSTANTINOPLA. — LAS CICLADES. — ATENAS.

Apesar de las seducciones de Esmirna, apesar de la benévola acogida que tuve en ella, no veía el momento

de llegar á Constantinopla. Felizmente no me encontraba en Beyruth, donde la partida era problemática. En la época en que yo estuve en Esmirna, por el contrario, aquella ciudad se veía surcada en todas direcciones por ómnibus; los paquetes de las mensajerías no cesan de ir y venir, sin que jamás se lea en la trasera aquella siniestra palabra *completo*. Unos cuantos días me habian bastado para recorrer la población, gozar de los encantos de la sociedad que encierra, y con un placer, mezclado, es verdad, de sentimiento, ví asomar en el horizonte la columna de humo que me anunciaba la llegada del *Licurgo*, que debía llevarme á Constantinopla.

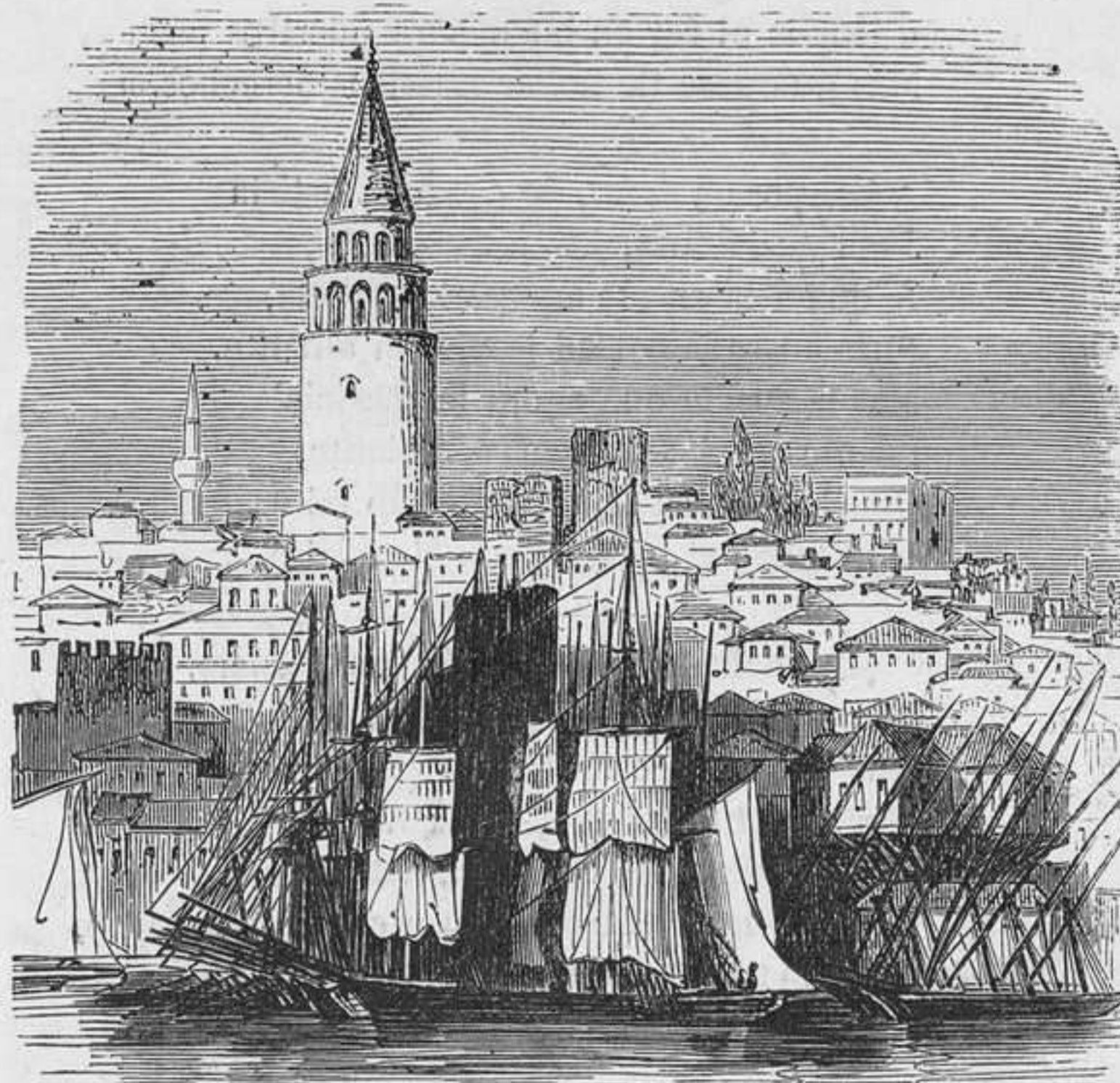
Para un pasajero, una parada es una variedad en la vida habitual de bordo; para los oficiales y la tripulación es, por el contrario, un aumento de cuidados y fatigas; en pocas horas, es preciso algunas veces vaciar y llenar de nuevo el vasto vientre del buque, y renovar la provision del combustible; de todas las avenidas del puerto afluyen embarcaciones cargadas de mercaderías ó de metálico; pero llega la hora señalada para la partida, todo se halla en su lugar, y el pasajero que vuelve de tierra no puede ni aun sospechar la operacion que acaba de ejecutarse durante su ausencia.

Pocas horas despues de nuestra partida de Esmirna, las tierras de Kara-Bournou se perdian entre las sombras de la noche, y la isla de Metellin, donde debiamos fondear, para dejar y tomar correspondencia, aparecia ante nosotros á la dudosa claridad de la luna, que aca-



Constantinopla. — Punta del Serrallo.

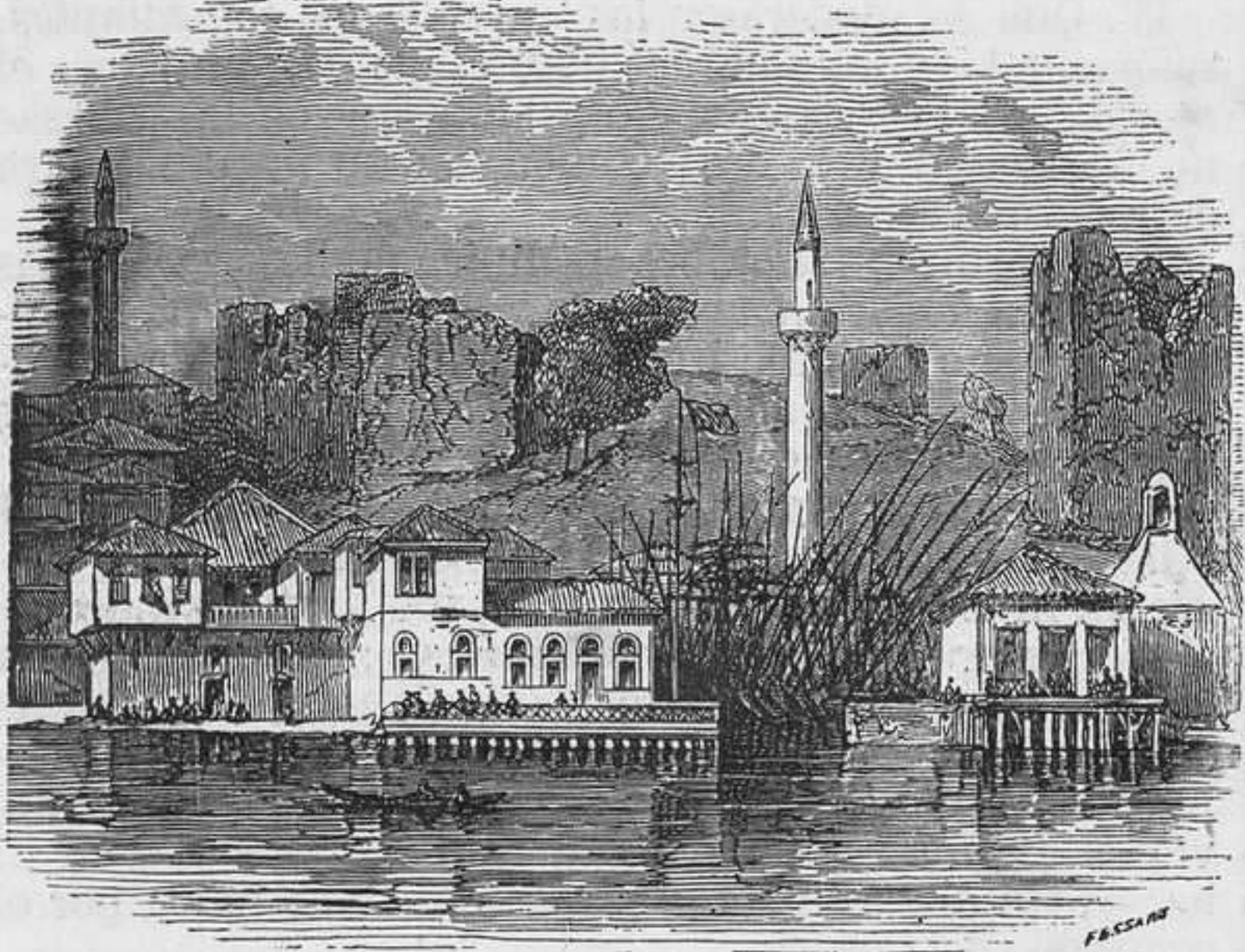
petar una creencia (con algun fundamento además) que sustituir la duda que puede tener origen en un texto mal explicado?



Torre de Galata.

A poca distancia de Tenedos se abre la larga trinchera que han abierto las olas del mar Negro para unirse á las del Mediterráneo, separando dos continentes. A cada lado del estrecho canal de los Dardanelos, una colina de poca altura, y cubierta de escasa vegetacion, limita la vista del navegante, que aun con el tiempo mas tranquilo, oye el embate del mar agitado por las corrientes, que adquieren una gran rapidez por lo angosto del canal, la poca distancia que media entre las dos costas.

productos de su industria. Eran vasijas afectando formas bastante elegantes, terminadas por figuras que Callot ha olvidado en la tentacion de san Antonio; todo pintado con colores muy vistosos y sobre cargado de adornos dorados de formas extravagantes. Tambien habia crecido número de industriales procurando deshacerse en provecho nuestro de gruesas botellas de cierto vino espeso, ó de algunas frutas á medio madurar, y aunque esta última oferta hubiera podido aparecer seductora á la tripulacion de un buque,



Galipolis.

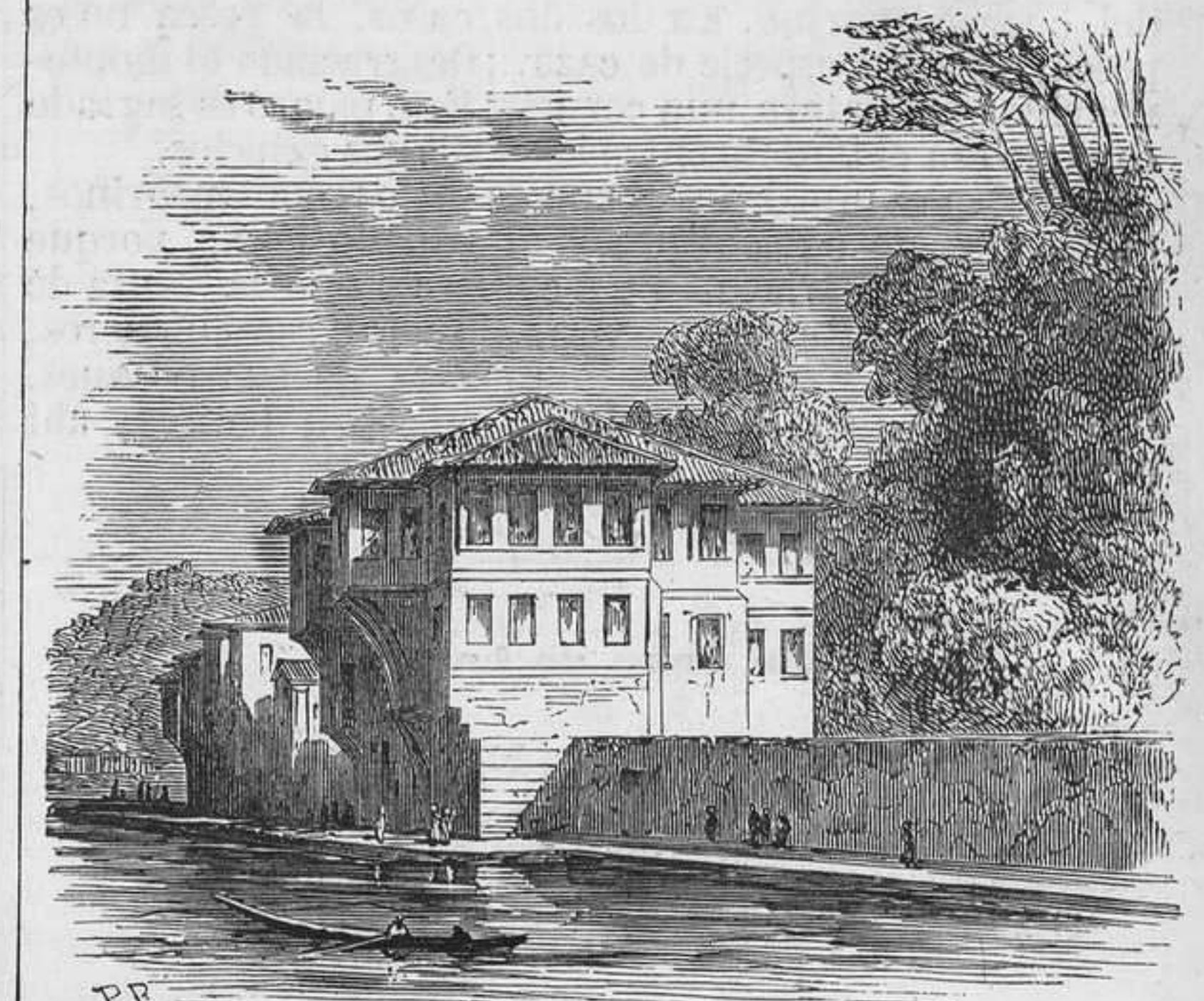
haba de marcar, cuatro dias hacia, el principio del Ramazan. Algunas luces solamente nos señalaban la ciudad, pero ya hacia tiempo que el ojo del piloto griego, que acompaña siempre los paquetes en las curvas del Archipiélago, habia reconocido los puntos avanzados que la indican. El cambio del correo se hizo en pocos instantes, y continuamos nuestro viaje con la calma de la noche á la luz de las estrellas que habia sucedido al cuarto de la naciente luna.

Con la claridad del sol que se levantaba sobre la Troada, atravesamos la punta aguda de Baba-Bournou, que termina una de las costas del golfo de *Adramiti*; á nuestra izquierda, por la parte del mar, y en lontananza, la montaña elevada de la isla de Lemnos interrumpia con su cima delgada la línea del horizonte; delante de nosotros, Tenedos mostraba sus rocas peladas, sus fortificaciones torreadas y almenadas, y á nuestra derecha, una línea de ribera escarpada y baja, entrecortada de ancones, á cuya playa venia el mar á morir, soportaba una llanura ondulosa, limitada por montañas de poca elevacion. Aquel lugar, donde nada atrae la atencion, por el cual se pasaria sin echarle una ojeada, es, sin embargo, célebre hace muchos siglos. Una de aquellas playas ha visto llegar el ejército de los griegos en sus innumerables bajeles. Aquella llanura ha sido testigo de los combates cantados por Homero; el ojo intenta adivinar cual podia ser la situacion de Ilión, pero muy pronto tres altas pirámides de tierra llaman la atencion del viajero; los eruditos les dan los nombres disputados de sepulcros de Aquiles, Patrolo y Ajaccio ¿Y porqué no los creeriamos? No es, en cierta manera, poblar aquellos lugares, ya tan llenos de recuerdos poéticos, y no vale mas res-



Constantinopla. — Mezquita y fundicion de Jor-Hana.

Poco á poco, no obstante, el país parece mas risueño; algunos árboles, doblados por el viento del Norte, tirano de aquellas tierras, ofrecen su sombra á los pastores ó viajeros que se distinguen perfectamente sin el auxilio del telescopio; las colinas se achican, el horizonte se dilata hasta la elevada cadena del Olimpo, del cual se perciben á lo léjos las cimas que dominan la costa de Asia, y las sólidas fortificaciones de los castillos que defienden el estrecho, levantan sobre frágiles construcciones turcas sus torres sombrías y robustas.



Palacio de Francia en Terapia.

fatigada de una larga travesía, en cuanto á nosotros, procedentes de Esmirna, y embarcados la víspera en el momento de terminar un almuerzo compuesto de platos exquisitos y vinos helados, no tuvimos ningun mérito resistiendo á todas sus instancias.

El bajá de los Dardanelos se dirigia á Galipolis, y se embarcó en el *licurgo*. Su rango de general le daba derecho á los honores del pabellon; por eso, apenas entró á bordo, flotaron los colores otomanos en el palo de mesana. Una numerosa comitiva lo acompañaba; secretarios, ayudantes de campo, y multitud de cawas y domésticos. Personaje oficial, iba vestido con el traje horrible de la reforma, — que sienta tan mal á los hombres de mucho vientre y de piernas cortas, — no distinguiéndose en nada de los oficiales de su escolta. En cuanto á los cawas y domésticos, mas libres que su señor, todos llevaban el elegante y pintoresco antiguo traje turco; ¿pero cómo describir la infinidad de objetos de todas clases de que se componia el equipaje del noble viajero; cajas pintadas de encarnado, con adornos de brillante cobre, alfombras de Persia, colchones de toda clase de telas, cestos de mimbre cubiertos con cuero negro, zurrones, esportillos? Era una mudanza completa de hafo. En aquel revoltijo de utensilios graciosamente agrupados, admiré la coleccion mas preciosa de narguilehs y cañones de pipas de una longitud desmedida, adornados con boquillas de ámbar de mucha riqueza, tenacillas ingeniosamente empavonadas, destinadas á coger las brasas que se ponen en el tabaco para encenderlo; pero estabamos en el Ramazan, y el propietario de aquellas magnificencias, fiel á la ley del Profeta, ni echaba siquiera sobre ellas una mirada de envidia, que hubiera justificado bien la forzosa ocio-

sidad causada por la navegacion. Galipolis, situada en la costa europea, en el punto donde se ensancha el canal para formar el mar de Mármara, es una ciudad coqueta, bien sombreada, en la cual se hallan todavía fortificaciones de la edad media, que el tiempo ha cubierto con su oscuro manto, y que contrastan con la blancura de los alminares y los colores variados que cubren las frágiles casas turcas. Una pequeña dársena, en la cual se ven los mástiles de un número considerable de buques, hace creer que su comercio tiene alguna importancia, ofreciendo su situacion á la entrada del mar de Mármara un abrigo precioso para los barcos que han sufrido alguna avería en aquel mar ordinariamente tan pacífico, pero que agitan algunas veces los vientos que bajan del Olimpo.

Desde Galipolis se navega por el mar de Mármara; la costa de Europa, que casi no se llega á perder de vista, prolonga á la izquierda sus risueñas colinas; la isla de Mármara, así llamada por sus magníficas canteras de mármol, parece que cierra el paso; pero la noche llega, la luna del Ramazan no permite descubrir cosa alguna detallada, y por otra parte, despues de haber pasado el dia recordando la Iliada y la Odisea, se siente la necesidad del descanso, sobre todo, cuando el próximo sol debe levantarse para uno sobre Constantinopla.

Al despuntar del alba, todos los pasajeros estaban en el puente; Constantinopla estaba ante nosotros perdida



Sira.

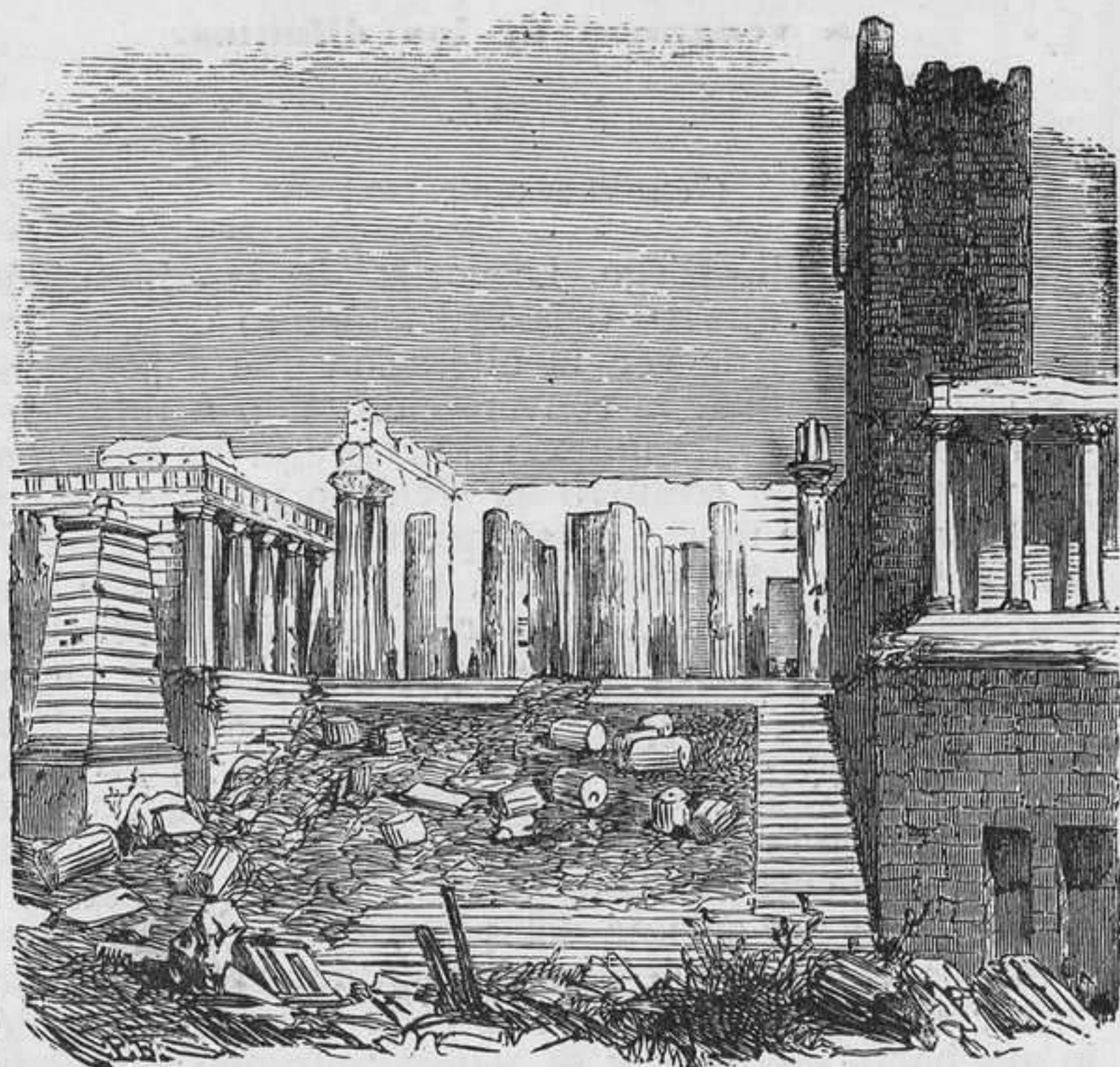
entre la bruma ligera de la mañana; á nuestra derecha las islas de los Principes, donde los habitantes de Stambúl gozan de los placeres del campo, comenzaban á despejar las cúspides de sus graciosas montañas de los vapores que las circundaban; el sol subia lentamente por el horizonte, y sus primeros rayos, rompiendo el velo diáfano que nos ocultaba todavía la ciudad, nos permitió verla con todo el esplendor de una hermosa mañana.

Héla allí, pues, la reina del Oriente; aquella ciudad situada en dos continentes, mas hermosa que la habia soñado mi imaginacion, y sin embargo aun no la veo enteramente, porque la extremidad avanzada del Serai me oculta el puerto tan vivo y animado, que se llama el Cuerno de oro. Yo no veo mas que una parte del cuadro; mi vista se pierde en un conjunto de tejados, cipreses, alminares, y palacios amontonados. La fortaleza de las Siete-torres, de siniestra memoria, levanta sus muros sombríos sobre la orilla del mar; mas lejos, la mezquita del sultan Ahmet, y la de Santa Sofia levantan hácia el encendido cielo sus robustas cúpulas, y sus elegantes alminares; el serrallo, en fin, muestra sus palacios perdidos entre el follaje, sus jardines y árboles seculares, y al extremo, el haren, desierto ahora, en el cual las cadenas de los predecesores del actual sultan paseaban su incuria, dejando errar su mirada en el espectáculo admirable y siempre variado del Bósforo, que se descubre de allí completamente. Pero falta algo al cuadro hasta tanto que se dobla la punta del Serai; Stambúl, la ciudad turca por excelencia, presenta entónces el lado opuesto al que se ha percibido al principio; Gálata, Pera, asentadas en las colinas que forman la otra orilla del Cuerno de oro, unidas á la ciudad princi-



El Partenon.

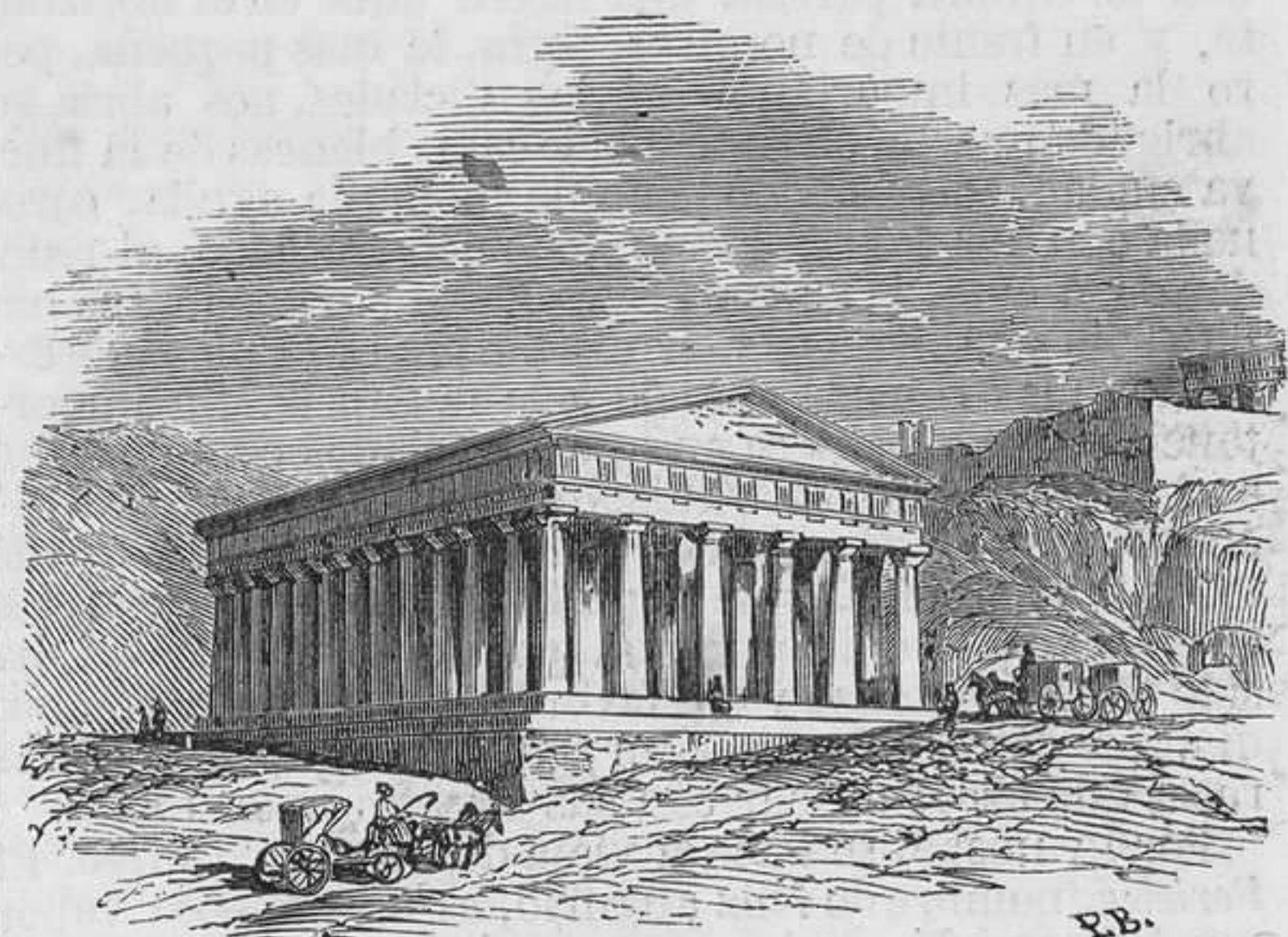
pal por dos puentes de barcas, escalonan la una sobre la otra sus calles montuosas y sus casas edificadas á la europea.



Las Propiladas.

Despues el cuartel turco de Top-Hana, en la pendiente, extiende hasta el mar sus casas encarnadas con tejados puntiagudos, hasta el cuartel de los artilleros, al palacio moderno que se construye con piedra, y al de madera de Tcheragan, residencia en la actualidad del sultan; por último, se ve una serie no interrumpida de casas de campo, de palacios, pueblecitos sombreados por espesos bosquecillos, bañando su pié en las aguas rápidas del Bósforo, que forma un ángulo á algunas leguas de Constantinopla. Allí parece que se confunden las

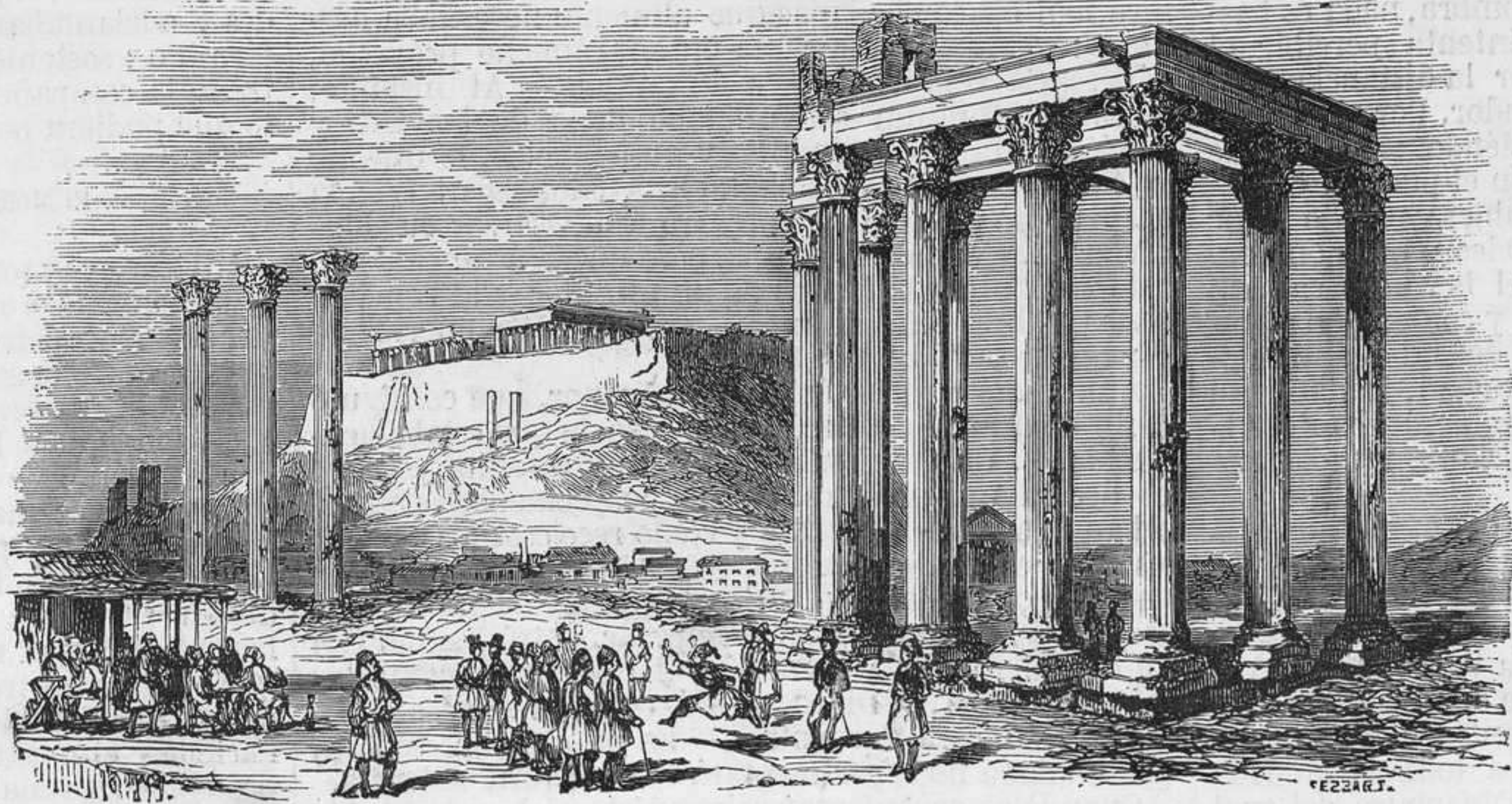
sin alineacion, sin simetría, viñas serpenteando por las paredes, y enviando algunas veces sus pámpanos al lado opuesto de la calle; sicomoros, atravesando el techo de las casas, hechas de madera, pintadas con colores fuertes, el amarillo, el encarnado, pocas y enrejadas vantageadas, callejuelas, mas bien que calles, excesivamente pendientes y sembradas de guijarros, un silencio profundo, un enjambre de perros de amarillenta piel y de feroz aspecto, he aquí lo que se encuentra fuera de las grandes arterias á que afluye la multitud. Los bazares son el espectáculo mas atractivo é intere-



Templo de Teséo.

sante que presenta Constantinopla; espaciosas galerías ogivales dejan penetrar una luz dulce y una frescura deliciosa; el público acude á las tiendas surtidas con los productos del mundo entero; las ricas telas de Brussa y de Damasco, los cachemires de la India y la Persia, las sederías de Lion se despliegan junto á los tejidos de algodon de Alsacia é Inglaterra; los mas trascendentes perfumes indican el punto donde se venden las droguerías; el calzado delicadamente bordado es expuesto con perfecta simetría; los artículos mas raros, como los mas comunes solicitan por todas partes el favor de los compradores, procurando cada uno adornar cuanto puede la tienda que los contiene. Los judíos, los armenios, hablando todas las lenguas imaginables, vienen á ofreceros sus interesados servicios; y no obstante, se desea hallar quien os comprenda y os ayude á comprar, ó un paquete de tabaco con la cifra del sultan, ó un frasco de esencia de rosa, ó una buena hoja damasquina.

Uno de los monumentos mas notables de Stambúl es la torre del Seraskier, que arrancando del patio del palacio domina toda la ciudad, y sirve de alojamiento al gobernador militar de la provincia. Allí hay vigilantes perennes para avisar si ocurre algun incendio durante la noche. Y en verdad que no se puede decir que la precaucion es inútil. En aquella



Templo de Júpiter Olímpico.

dos líneas, la costa de Asia parece que se une con la de Europa; como ella, la primera está igualmente cubierta de habitaciones. Scutari, el arrabal asiático de Constantinopla, proyecta su cabo elevado en frente del Cuerno de oro, y la torre de Leandro, centinela avanzado del otro continente, ostenta sus blancas murallas, por encima del islote de rocas que le sirve de cimiento, y resiste, hace tantos siglos, á la corriente de las aguas que vienen del mar Negro.

Obra larga seria enumerar todas las mezquitas que

ciudad de madera, la menor imprudencia puede acarrear funestos accidentes, y no hay mes, semana quizá, en que no se lamenten siniestros muy deplorables.

¿Hablaré de la mezquita de Ayoub? sería por oidas, pues es tan sagrada á los ojos de los musulmanes, que muchas veces es muy peligroso acercarse á ella. Allí es donde van los sultanes, á su advenimiento al trono, á ceñirse el sable, que es para ellos la consagracion legal. ¿Hablaré del Phanar, cuartel habitado por las familias griegas establecidas en la época de la toma de Constan-

tinopla por Mahomet II, del agradable paseo que se puede dar al rededor de las murallas, de los cementerios que rodean la ciudad, de la plaza del Hipódromo, el famoso Atmeidan, donde se halla la columna incendiada, y donde los icoglans se ejercitaban antiguamente en disparar el djerid?... un libro no bastaría para todo esto.

Una poblacion muy variada habita en Pera y Gálata, junto á la marina, los trajes orientales están en mayoría, pero apenas se llega á la cima de la colina, se ven los sombreros de castor, las gorras y gabanes, las mujeres, vestidas como en París, y hasta grisetas hay en aquel cuartel Franco; allí están las mejores fondas, las casas de los diplomáticos; allí viven las mil industrias que la civilizacion europea ha hecho necesarias, y que á los ojos de los turcos, no son mas que objetos sin importancia.

No se puede dejar á Constantinopla sin dar un paseo en el Bósforo. La activa navegacion del Támesis puede solo luchar con la de aquel magnífico brazo de mar. Numerosos vapores surcan aquel canal, que, en sus cinco leguas de extension, cuenta un número infinito de pueblitos, aldeas y palacios en sus dos deliciosas costas. En la de Europa especialmente, no hay ninguna interrupcion. Pueblos y palacios de madera, es cierto, pero qué importa! el efecto por eso no deja de ser mágico. Enormes pinos de Italia, gigantescos sicomoros, flores con abundancia, un olor embalsamado, por todas partes movimiento y vida, tal es el Bósforo, y allí concurren los hombres de Estado, los embajadores, los comerciantes á descansar de las fatigas del día, respirando el aire puro y penetrante que envía el mar Negro, ó las brisas perfumadas que exhala la floresta de Bellegarde, cuyos últimos macizos vienen á dar sombra á Terapia, donde se halla el palacio de Francia, y la aldea de Bauyouk-Dere, punto de reunion de los elegantes europeos de Constantinopla.

En el *Telémaco* debía yo de partir de Constantinopla. En la mañana del día siguiente nos hallabamos en el centro del Archipiélago; Andros, Tynos, Myconi nos mostraban sus rocas peladas; á nuestra izquierda, la isla de Ghiura parecia una ligera nube en el horizonte, y en frente de nosotros, Syra, la mas pequeña, pero la mas importante de las Ciclades, nos abría su abrigado puerto, circundado de casas blancas de la nueva ciudad, y dominado por una montaña aguda, coronada con una iglesia latina, sede del obispado, al rededor de la cual, la antigua Syra habia agrupado sus habitaciones cubiertas de terrazas. Syra es la plaza de comercio mas considerable de toda la Grecia. Su importancia data de la época en que los helenos conquistaron su independencia. Su situacion en el centro de las Ciclades, y su seguro puerto la han hecho el emporio de todas las mercancías de exportacion é importacion; así es que la vieja ciudad latina, que domina la griega, ha sido casi abandonada en favor de su joven hermana, que se extiende diariamente por la costa, y aun en las rocas que azota el mar con sus transparentes ondas.

Por la noche, se hace el viaje desde Syra á Piréo. El *Pericles*, nombre de feliz augurio, es un gracioso vapor que la compañía de las mensajerías imperiales ha destinado á unir los principales puntos de la Grecia con el sistema general de la navegacion de Oriente. La Spezia, Negroponto, Chalchis, Salónica, etc., se comunican así con el Levante y el resto de Europa, pudiendo los viajeros recorrer fácilmente aquellos países, de difícil abordaje ántes. El *Pericles* atravesó en pocas horas la distancia que separa á Syra del Piréo. Al amanecer estaban echadas las amarras en medio de aquella sábana de agua, siempre tan tranquila, y poco despues me hallaba pisando aquella tierra tan rica de recuerdos.

El Piréo es una villa grande, casi una pequeña ciudad. Casas hermosas, alegres y blancas, calles bien abiertas, paseos que daban pronto sombra, nada es bastante para detener al viajero que intenta percibir el Acrópolis de Atenas, oculto, no por la distancia, sino por una curva, á los ojos del espectador. Por mi parte, tenia mucha prisa de llegar, y metiéndome en uno de los muchos coches que estacionan en el puerto, dije al cochero: — ¡A Atenas! — como hubiera podido decir en el boulevard de los Italianos, al Odeon. Un momento despues rodaba rápidamente sobre el hermoso camino que une la ciudad con la marina, y contemplaba con respeto los restos de la muralla que defendia anteriormente aquella importante comunicacion, juntamente con los olivares, retoños de los contemporáneos de Alcibiades, cuya desnuda copa atestiguan una remota antigüedad.

A las dos terceras partes del camino, se inclina este ligeramente á la derecha, y entónces se comienza á ver la famosa ciudadela de Atenas que encierra tantas obras maestras, y de la cual se descubre poco despues la base. El templo de Teséo, que se halla á la derecha, os prepara para las maravillas que hay que admirar despues. Y unos pasos mas os conducen á la entrada de la larga calle, tirada á cordel, que atraviesa toda la ciudad, para morir en el palacio del rey, la blancura del cual se destaca en el azul transparente del Pentélico, que ha subministrado el mármol que ha servido para su construccion.

Atenas es una ciudad de poca extension, regular y adornada de casas y palacios dignos de una gran capital. Algunas iglesias de construccion original revelan el fervor de los habitantes; sin embargo, no es la ciudad moderna la que se va á visitar, sino la antigua capital del Atica, cuyo recuerdo se evoca. ¡Cuán hermosa debía de ser aquella reina de la Grecia, cuando lo poco que han dejado el tiempo y los estragos de la guerra sirve

de modelo á los escultores y arquitectos, que procuran en vano alcanzar la perfeccion de aquellos inimitables monumentos! Si algunas horas bastan para verlos, para estudiarlos se necesitan años, y su descripcion es imposible; además, ¿quién no conoce las Propíadas, el templo de Erécteo, y aquel Partenon, obra capital del arte griego, que domina con su mole la alta cima del Acrópolis, desde donde parece que proteje la ciudad? ¿quién no conoce los restos venerables del templo de Jupiter Olímpico, el templo de Teséo en el cual se ha recogido lo que se ha salvado de la estatuaria griega, despojos ópimos que se han encontrado labrando aquel suelo que encierra tantos tesoros? cosas hay que se sienten, se admiran, pero que no pueden expresarse, porque no hay palabras que puedan servir para pintar exactamente el pensamiento.

En Atenas terminaba mi viaje, porque lo que iba á recorrer, ya lo habia visto. En tres meses habia visitado casi todo el antiguo mundo, habia atravesado tantas tierras, que sentia la necesidad de descansar, y con un placer vivo, aunque mezclado de cierto sentimiento al dejar un país tan lleno de seductores recuerdos, entré á bordo del *Egyptus*, que debia trasportarme á Malta con muchos y muy amables compañeros de viaje, y con la comodidad que habia encontrado en los paquetes franceses durante mi larga peregrinacion.

Al día siguiente de mi partida saludé las rocas áridas de la isla de Cerigo, el cabo de San Angelo, y el cabo Matapan, última tierra de Grecia que debia percibir.

P. BLANCHARD.

La venganza de los difuntos.

NOVELA.

(Véase el nº 8, pág. 119.)

Dicho esto llamó Diego. Leonor estaba tan inmutada y descolorida, que D. Cristóbal temeroso de que los demás echasen de ver la alteracion que experimentaba, para cambiar la conversacion, dijo á Ibrahim: — Perdona Vd. mi franqueza; el arroz está tan soso, que me parece que el cocinero ha olvidado ponerle sal; y no la veo en la mesa: ¿seria posible tener una poca? No la usamos absolutamente, replicó el anciano con gravedad; pero ahora se la traerán á Vd.: hizo una seña, y no hallándose en el comedor el esclavo negro que servia á la mesa, se levantó Raquel, salió por una puerta situada á espaldas de D. Cristóbal y en frente de Leonor. Dió las gracias muy cumplido, y despues de haber tomado la que necesitaba, tomó una poca en la punta de su cuchillo para sazonar el arroz de Leonor; mas al pasar por encima del plato de Raquel cayeron algunos granos en el de esta, sin que ella lo echase de ver en el momento, mas al primer bocado conoció lo que habia sucedido, y se sonrojó mirando fijamente á D. Cristóbal, que no prestaba la menor atencion, pues estaba completamente preocupado del lamentable y triste estado en que se encontraba Leonor, cuya palidez se habia aumentado considerablemente en un instante, en términos que su cara parecia completamente la de un cadáver, á pesar de todos los esfuerzos que hacia para evitar el síncope, no lo pudo conseguir é inclinó su cabeza en el espaldar del sillón, exhalando un débil suspiro, como una persona que agoniza.

Se interrumpió la comida; todos acudieron á Leonor, la asistieron, la preguntaron: No es nada, respondió recobrando el conocimiento, no es nada. El trabajo y cansancio de hoy ha sido muy fuerte para mí: tenia calentura cuando me senté á la mesa: la relacion que nos ha hecho D. Diego me ha causado suma impresion; hice mal en comer, mas que alimento necesitaba descanso: conozco que la cama me hará mucho provecho, y desearia retirarme para descansar. — Al instante, respondió Ibrahim con un tono lleno de bondad, y añadió, mirando á sus hijas y guiñándolas, lo que no dejó de observar D. Cristóbal. ¿Está todo preparado en la hospedería? Raquel se apresuró á advertir á su hermana y respondió: No, papá, pero queda á mi cuidado, todo estará pronto dentro de un minuto; y al concluir estas palabras salió de la sala, pero por otra puerta que por la que fué á buscar la sal.

Amina dió esencias delicadas á Leonor, que consiguió al fin dominar la agitacion nerviosa de que estaba acometida. D. Cristóbal estaba distraído; Ibrahim y Diego no decian una palabra. — Todos los comensales empezaban á estar embarazados y como recelosos los unos de los otros sin saber porqué. Quiso Leonor dar algunas vueltas por la sala, y Amina le ofreció su brazo, que aceptó, pero cuando iban á empezar, entró Raquel con un candélero en la mano. Se dieron mutuamente las buenas noches, y Diego añadió con una sonrisa maliciosa como para dar ánimo. — Es de esperar, señora, que mañana no experimentará Vd. ninguna dolencia.

Cuando se encontraron solos en el cuarto y hubieron echado el cerrojo, Leonor se armó de resolucion, y dijo á D. Cristóbal al oído. — ¡Estamos perdidos! ¡Nos hallamos entre asesinos!

— ¡Cómo! ¿quién te lo ha dicho?

— Cuando Raquel volvió con la sal que tú pedistes, tenia yo por casualidad fija la vista en la puerta por donde habia salido, que estaba precisamente detrás de tí, y por pronto que quiso cerrarla, mis ojos penetraron en el cuarto inmediato y, estoy segura de haber entrevisto, á favor de una mezuquina lámpara que ardia en él, un cadáver humano que colgaba del techo.

— ¡Ay Dios! ¿Estás segura de que no te engañas?

— ¡Ojalá! pero no me engaño, Cristóbal: estoy cierta de lo que digo. ¡Acuérdate de las palabras del hombre que no nos queria dejar entrar! ¡Mejor hicieran Vds. en quedarse al raso! Es preciso encontrar un medio de salvacion, de lo contrario hemos concluido.

— ¡Y mis pistolas se han quedado en la silla del caballo! ¡Tengo un puñal; pero ellos tienen la ventaja del número y de las armas!

— Estamos en el primer piso; si esta ventana diera al campo, acaso podriamos con las sábanas....

D. Cristóbal se apresuró á reconocer la ventana, y Leonor se ocupó en deshacer la cama.

— En efecto, la ventana cae al jardín, pero tiene reja. Esta circunstancia confirmaba sus temores. Asustada Leonor dejó caer la almohada que habia sacado á mitad, en cuyo momento cayó al suelo una cosa que hizo poco ruido. Miró D. Cristóbal y recogió una pequeña llave, que tenia en su ojo un papel doblado por mitad: lo abrió y leyó estas palabras escritas con lápiz. « Hemos comido sal juntos y no puedo permitir que Vd. perezca. Estallave abre el armario del cuarto de Vd. ¡Dios proteja su fuga! Apague Vd. la luz, y sobre todo no parta ántes que haya desaparecido la cama. »

Aquel billete asegurador provenia de Raquel; su concepto no estaba claro á la primera lectura; fué pues necesaria la segunda, despues de la cual los dos amantes ya ménos alterados examinaron el cuarto que les habian dado. Era una pieza sumamente grande con un artesonado tan elevado, que la luz de la vela apenas bastaba para distinguirlo. El mueblaje consistia en una cama con su dosel, colocada sobre una tarima y algunos sillones viejos, y nada mas, ni siquiera un espejo sobre la chimenea gótica. En una de las esquinas se veia en ángulo saliente el armario, ó alacena citada en el billete de Raquel. Probó D. Cristóbal con precaucion la llave; se abrió la puerta sin hacer ruido, y acercando la luz conoció que el supuesto armario no tenia fin, que servia de entrada á un subterráneo obscuro y muy bajo; y por el cual era preciso dirigirse para no perder el último vislumbre de salud.

Segun las instrucciones de la libertadora era menester no salir inmediatamente y esperar en las tinieblas, porque pensando prudentemente, observaban el momento en que se hubiesen acostado y dormido. Sacó D. Cristóbal del bolsillo una linterna ciega, que llevaba siempre que iba de viaje, la encendió, la ocultó debajo de la capa, dió un soplo á la vela, fué con Leonor á arrinconarse en un ángulo de la chimenea, hasta que llegase la desaparicion, que habia de servirles de señal.

Al cabo de un cuarto de hora, que para ellos fué un siglo, les pareció oír pasos sobre el techo, y á Leonor además un ruido de cadenas, y todo quedó en silencio, que duró tanto que, habiendo pasado ya por todos grados de la angustia, no sabian que pensar. D. Cristóbal llegó á presumir si todo lo que sucedia era una chanza, una broma pesada arreglada expresamente para reirse despues á sus expensas; pero por otra parte una grosería semejante se le hacia imposible. En fin pasaba el tiempo y nada sucedia, cuando de repente oyeron á pocos pasos un golpe enorme ahogado y sordo, producido por el techo ó dosel de la cama que caía sobre ella, cargada con un enorme peso de plomos, y un minuto despues el gruñido de una garrucha mal untada, y al trasluz de la sombra clara de una noche de verano vieron moverse la cama, y al fin hundirse lentamente.

No habia momento que perder, ni tampoco lo era de temblar; el instante habia llegado: Cristóbal y Leonor se lanzaron del callejon, cuya puerta tuvieron la serenidad de cerrar. Empeñados en aquel laberinto obscurísimo bajo la bóveda, que se abajaba aun mas con una pendiente tan rápida, que era casi imposible dejar de resbalarse, á pesar de que se agarraban á las paredes, adelantaban á tientas por aquel pedregal sin término: sosteniendo D. Cristóbal con una mano á su trémula compañera y llevando el puñal en la otra, por lo que pudiera ocurrirles.

El Molino. — La familia de Poncio-Pitáto.

Mil terrores y sospechas invadian los corazones de los fugitivos que no se atrevian á hablar. Marchaban con el mayor silencio y deteniendo la respiracion, ondulando entre la esperanza de salvarse y el temor de ser vendidos. De repente le interceptan el paso y se presenta delante de ellos una figura humana, sintiendo al mismo tiempo D. Cristóbal, que iba delante, una mano sobre su hombro y una voz suave que decia *soy yo*. ¡Mas ay! fué demasiado tarde, porque D. Cristóbal habia dádola el golpe. La pobre Raquel no dió ni un grito, pero añadió en seguida « ¡soy muerta! Vd. ha matado á su libertadora » y al mismo tiempo el tenebroso abismo en que estaban los tres se abrió como por encanto, dejando ver el firmamento resplandeciente de estrellas. Raquel haciendo el postrer esfuerzo empujó adelante á sus protegidos, los cuales volvieron la cabeza hácia ella, pero la puerta habia vuelto á su quicio y la boca estaba perfectamente cerrada; todo yacia en el mayor silencio.

El primer movimiento fué prosternarse para rendir gracias al Altísimo; pues se encontraban en una pradera cubierta de yerba alta y espesa: á sus espaldas se elevaba un enorme promontorio de peñascos sobre los cuales habian crecido salpídidos, pinos y encinas, cuyas sombras melancólicas se dibujaban al trasluz del crepúsculo que apuntaba; la casa fatal debia estar situada detrás de los peñascos, porque en ninguna otra direccion se distinguia, de modo que nada deprimia la pureza de aquel delicioso paisaje. Fuera de una atmós-

fera impregnada de vapores de sangre, Leonor y Cristóbal respiraban aquel aire embalsamado que les restituían las fuerzas de que tanto habían menester.

Reconocía el terreno D. Cristóbal para elegir la mejor dirección, cuando oyeron un ruido lejano y regular, conocieron ser el golpeo de un molino: se dirigieron hacia aquel punto con toda la celeridad que les fué posible por medio de aquella feraz yerba, en la que les era fácil ocultarse aun en medio del día. El ruido se oía con mas claridad y parecían escuchar una voz amiga que los llamaba: al cabo de un cuarto de hora distinguieron la casita del molinero: pero un obstáculo les detuvo de repente, y fué la ancha acequia que movía la rueda del molino. Afortunadamente les pareció ver á un hombre, y D. Cristóbal gritó con voz fuerte pero arreglada á la distancia. — ¡Socorro! y al momento acudió aquel hacia ellos, y cuando llegaba á la parte opuesta del arroyo, Leonor no pudo contenerse y le gritó tambien; ¡Salven Vds. a todo lo que el hombre no dijo mas que, Esperen Vds.: al cabo de cinco minutos volvió con un largo planchon que tiró sobre la acequia, y los dos amantes pasaron al otro lado.

El molinero no esperó á que le hablaran: — ¿Vienen Vds. de allí? — Sí. — ¿Por qué milagro se han salvado Vds.? — Nos ha salvado un ángel que ha sido muy mal recompensado de su buena obra; ¿pero Vd. sabe acaso... — Yo sé todo: no son Vds. los primeros que se libran así y que llegan aquí. Sí, Raquel es un ángel que vive entre los demonios, y yo empiezo á serles sospechoso; pero nada importa, hallaremos medio de ocultarlos á Vds. como á los de un mes hace.

Llegaban á la puerta cuando vieron de repente unas linternas que corrian por la pradera siguiendo la orilla del arroyo dirigiéndose hacia el molino, gritando: ¡Juan! ¡Juanito! ¡Juan! ¡Juan! — Ya están ahí, dijo el molinero; quieren pasar. — Carmen, dijo á su mujer, oculta á estos forasteros. Al mismo tiempo volvió las espaldas, y como continuaban á gritar ¡Juan! ¡Juanito! Respondió con todas sus fuerzas. — ¡Sí, señor, sí! Allá voy, allá voy.

No tardarán en estar aquí, dijo la molinera: pronto, pronto, méntanse Vds. en el cedazo: ¡ahí!... ¡bien!... Cúbranse Vds. cuanto puedan con la harina. ¡Quietos ahí! y cuidado con moverse. La excelente Carmen dejando caer la tapa de lienzo y hecho la señal de la cruz sobre el cedazo, fué á sentarse al lado de la cuna de su niño y se puso á cantar un antiguo romance del Cid.

Muy luego abrieron la puerta impetuosamente, y entraron tres hombres en el cuarto: Juan los seguía. Sin decir una palabra corrieron á la cama y la reconocieron por debajo con sus linternas, y hasta levantaron las colchas y las sábanas; en seguida abrieron el armario, en suma registraron en todos los rincones y escondites que les ocurrieron sin acordarse del cedazo. En fin uno de ellos prorumpió en juramentos horrosos. ¡Desgraciados si los alcanzamos; malvados, infames que han robado á nuestros buenos amos; caro les costará! Y en cuanto á tí, Juan, si se descubriera que habías favorecido su evasión, que eres su cómplice, ¡tu suerte estaba hecha como la de tu mujer y tu chico!

— Vds. me ofenden, mis excelentes camaradas. ¡El cielo es testigo de que yo quisiera haber á esa canalla en mi poder, tenerlos ahí á mi sola discreción para enseñaros que clase de hombre soy! Pero puedo asegurar que no han venido por esta parte, ó si han venido, el arroyo les ha hecho volver atrás; mas no he visto á nadie. Probablemente habrán tomado el camino de Jaen. De todos modos no pueden dejar de ser descubiertos supuesto que toda la casa anda á sus alcances. Vds. nada mas pueden hacer por esta noche; deben Vds. estar cansados; ¿no quisieran Vds. refrescar?

— Con gusto, Juan, amigo, respondió otro, que D. Cristóbal conoció por la voz ser el portero que desde luego les habia despedido; pero ya hemos cenado y así con poco basta.

— Una buena torta de pasta hecha con aceite, bien regada con un pellejo de vino añejo: el aceite que tenemos es delicado; y en cuanto al vino nada digo, ¡Vds. me lo dirán!

Sentáronse los cuatro hombres á la mesa, y Carmen tomó un plato hondo y levantó la tapa del cedazo para sacar la harina aparentando dejarlo mucho tiempo abierto; y en esto uno de los bandidos que no habia hablado todavía, dijo: ¡Cuánto placer tendria yo en clavar este puñal en el corazón de aquellos miserables de este modo! Y al concluir esta oración clavó con rabia el puñal en la mesa, y con tal fuerza, que penetró seis líneas, y del golpe se quedó vibrando.

— Carmen, dijo el molinero, para la rueda, porque es ya la una, y hoy es domingo... tráenos la bota.

Empezó la cena, y la conversacion continuó mas animada y divertida con mil chuscadas atroces ó indecentes, representando el molinero divinamente su papel y haciéndose querer de sus convidados, á los cuales no descuidaba dar á beber espléndidamente, reservándose de imitarlos, pero sin que ellos lo conociesen. En fin se lució, y quedó tan airoso, que cuando salieron del molino iban completamente persuadidos de su afecto, y tan borrachos, que al atravesar la regata uno de aquellos hombres honrados se zambulló en ella, y allí habria descansado por largo tiempo si el molinero hubiese estado solo con él.

Libres de los importunos huéspedes, Leonor y Cristóbal salieron de su escondite, tan enharinados de piés á la cabeza, que mas que criaturas parecían estatuas animadas de mármol blanco; y el molinero y su mujer al verlos en aquel estado prorumpieron en sendas car-

cajadas, que acompañaron con las suyas Leonor y don Cristóbal.

— Ea, ya han salido ustedes del gran peligro que les amenazaba, dijo Juan; pero esto no basta; preciso es encontrar un expediente para llegar á la ciudad mas inmediata sin ser descubiertos, porque aquí estamos siempre bajo el dominio de nuestros enemigos, que son poderosos y vigilantes: si por desgracia los volviésemos á sorprender á ustedes, no ahorrarían género alguno de violencia para hacerse con ustedes, á fin de impedir que sus crímenes llegaran á conocimiento de la justicia. La aurora se acerca; he aquí lo que se debe hacer: usted se pondrá un vestido mío, y esta bella señora hará á mi mujer el honor de disfrazarse con uno de los suyos, y partiremos con mi carro: ¿lo sabrá usted guiar? Dirijirá usted á pié; la señora y yo nos sentaremos en los sacos; y hasta podrá fingir que duerme, y si por casualidad nos encontramos con algun hecho, suscitará menos sospecha, pues soy muy conocido en esta tierra, y le creerán á usted el mozo del molino.

— Perfectamente, no se podia arreglar mejor, respondió don Cristóbal; ¿pero dígame usted cómo se puede combinar que un hombre tan de bien se encuentre sirviendo á una cuadrilla de asesinos?

— Le contaré á usted todo por el camino, replicó el molinero: no perdamos un instante.

Disfrazados y engomestrado el carro, se pusieron en camino antes que apuntara el día, que sin embargo anunciaba ya una faja rojiza que se diseñaba en el horizonte. Empezaban á desaparecer las estrellas del firmamento, y en el opuesto lado brillaba todavía la luna pálida y débil, en medio de un cielo azulado: el aire era fresco pero tranquilo: los pájaros estaban callados, durmiendo en los olivos que costean el camino, y el silencio universal daba testimonio de que la naturaleza aun descansaba. Sabido es que por uno de los misterios de que se halla entretejida nuestra existencia, esta hora matinal inspira esperanza y confianza en el corazón humano, del mismo modo que la llegada de las tinieblas infunde desaliento y temor. Bajo la primera de estas impresiones, esperando el día, dejaron nuestros viajeros el molino: Cristóbal en traje de mozo de molino con su látigo en la mano, y Leonor vestida de lugareña. Antes de salir abrazaron y besaron á la excelente Carmen, que lloraba tiernamente, y temía: se separaron al fin para no volverse á ver jamás segun todas las apariencias. — ¡Así es la vida!

Los tres subieron al carro: Juan y Leonor sentados al lado uno de otro, y don Cristóbal delante guiando los caballos: en esta disposición tomó el molinero la palabra: — Miren Vds. entre los árboles: ¿ven Vds. allá bajo la casa aislada como envuelta en una nube blanca? Observen Vds. el primer rayo del sol como la ilumina: allí debían Vds. estar á estas horas extendidos sin movimiento y sin una gota de sangre en las venas, en vez de caminar tranquilamente como lo hacemos por un buen camino bien cuidado. Es indudable que Dios ha obrado un gran milagro con Vds.

Hace tres años que esa familia vino á establecerse en este país: nadie la conocia, y ninguno podria decir tampoco hoy de donde procede: compraron esa casa con todos los bienes que dependen de ella, que son considerables: era un viejo cortillo, deshabitado hacia siglos, y decían que habia en él duendes, por lo que comprenderán Vds., que hace mucho tiempo que es terrible: repararon las habitaciones, y trabajaron en él muchos meses. Me acuerdo haber llevado piedra y arena; pero en aquella época todavía no me habia casado ni tomado en arriendo el molino, pues queria sentar plaza, por consiguiente en lo que menos pensaba era en hacerme molinero. Volviendo á la casa y á sus amos, diré á Vds. que hacen una vida misteriosa y se venden por moriscos, pero la verdad es que son hebreos, ó si mejor les parece á Vds. judíos. Son muy ricos y se les cree sumamente hábiles en la cabala. Pero no es esto lo mas extraordinario de su historia; oigan Vds.: han nacido todos con una mano leprosa, y precisamente es la derecha, y Vds. han debido observar, que la llevan con guante, y no se la descubren jamás. Esta lepra permanece en el mismo estado sin comunicarse á las demás partes del cuerpo hasta cierta edad, que es treinta años en las mujeres, y cuarenta en los hombres. A estas épocas adquiere movimiento; empieza por las piernas y va subiendo muy lentamente, hasta que afecta todo el cuerpo, y á medida que adelanta va matando las partes por donde pasa, de modo que en un mismo individuo se encuentra una parte muerta y la otra viva: cuando el mal invade la cabeza todo se concluyó, pero necesita mucho tiempo para llegar á ella.

Es una enfermedad que no se cura, y Vds. comprenderán fácilmente la impotencia de los hombres contra ella cuando sepan que es un castigo impuesto por Dios á toda una casta. Estas gentes, segun se dice, descienden de Poncio Pilato, que fué el que firmó la sentencia de muerte contra Nuestro Señor Jesucristo. Y deben llevar hasta la consumación de los siglos la marca y la pena del pecado de sus antepasados.

Mas si bien no han podido hacerse dueños de esta enfermedad, han encontrado al ménos el modo de atacarla y retardar sus progresos, tomando baños tibios de sangre de cristianos.

La situación de la casa en medio de esa inmensa llanura desierta, al desembocar de un desfiladero de Sierra Morena, les sirve admirablemente. Algunos viajeros extraviados, ó á quienes se hace noche, llegan de vez en cuando á pedirles hospitalidad, y los que tienen tal desgracia, desaparecen sin dejar rastro de su paso. Tienen una media docena de criados, ó mas bien ase-

sinos asalariados, los cuales los despachan al otro mundo en un abrir de ojos, valiéndose además de ciertas máquinas: en seguida los desangran, y el viejo padre que tiene la enfermedad mas adelantada, toma su baño; y se asegura que tambien los otros tres miembros de la familia rechapan sucesivamente en la sangrienta tina.

Al llegar á este punto, don Cristóbal interrumpió al molinero, y dijo: — No creeré jamás que dos criaturas tan bellas como Amina y Raquel tomen parte en semejantes asesinatos, ni que participen de baño tan atroz.

— No sé lo que es Amina; en cuanto á Raquel usted tiene razon: como es la mas jóven y hace poco tiempo que está iniciada en los misterios de la casa paterna, nada quisiera tanto como poderse escapar: ¿pero cómo hacerlo? ¿Con qué apoyo? ¿A dónde se esconderia?

— Pero ¿cómo sabe usted todas esas circunstancias? añadió Leonor.

— Por dos criados que se escaparon de esa horrible caverna hace un mes, los cuales como ustedes se salvaron en mi molino, y hasta entónces nada sospeché acerca de tantos crímenes. El molino pertenece á la familia de Poncio Pilato; me lo arriendan muy barato, y gano muy buen dinero; pero no hay interés ni plata que valga: no puedo sufrir que se asesine á mi prójimo á dos pasos de mi casa, sobre todo perteneciendo á una familia de cristianos, rancios como yo. Mas hablando, hablando, y en tan buena compañía, ya estamos en Huéscar, gracias á Dios, sin haber tenido ningun mal encuentro. Cuando ustedes estén en seguro, daré parte á la justicia.

— Por Dios, dijo Leonor, no se olvide usted en su declaración de justificar á la pobre Raquel, que es la que nos ha salvado la vida, y probablemente nos hubiera seguido sin la cruel equivocacion ocurrida, de cuyas resultas acaso á estas horas ha dejado de existir. ¿Qué habrá sido de ella sin asistencia en aquel subterráneo obscuro? ¿Habrá podido salir de él? ¿Su familia la habrá maltratado? ¡Confieso á usted que estas ideas me afectan y atormentan mucho!

La Gitana.

En esto estaban cuando entraron en Huéscar. Fueron á apearse en la posada del Santísimo Sacramento, cuyo dueño era amigo antiguo del molinero, y paraban en ella algunos traficantes, que regresaban á Murcia despues de haber concluido sus negocios en Huéscar, los que convinieron en llevar en su compañía á don Cristóbal y Leonor, que pasaba por su mujer. Estos, penetrados de sincero reconocimiento, se lo manifestaron muy afectuoso á Juan, protestándole toda su amistad, obligándole á aceptar una generosa recompensa.

Llegaron á Murcia, desde donde les fué facil pasar á Alicante, y encontrando oportunamente un barco que se daba á la vela para Barcelona, se embarcaron en él. Leonor echaba de ménos á los pastores de Sierra Morena; pero don Cristóbal la hizo comprender que no encontrarían punto seguro en España, en atencion á la mucha influencia del Arzobispo, el cual de todos modos y por mas que se ocultasen, él llegaria á descubrirlos por medio de sus inmensas relaciones; razones que Leonor supo apreciar y cedió á ellas.

Su proyecto era pasar á Francia y esperar que la muerte del prelado ó su indulgencia, sobre la cual ciertamente contaban poco, les permitiese su vuelta á España.

Ya en Barcelona resolvieron continuar su viaje por tierra, porque Leonor sufría mucho embarcada. Estaban muy léjos para experimentar los efectos de las pesquias, y á mayor abundamiento continuaban siempre disfrazados: pasados los Pirineos estaban seguros.

Nada de particular les ocurrió en el viaje de Barcelona á Llivia, pueblo pequeño á la entrada de la montaña, á donde llegaron entrada la noche. El único meson que habia era una especie de taberna de apariencia pobre; pero como no habia en que elejir, se apearon en él.

Colocado el carruaje en la cochera, pidieron un cuarto, pero les respondieron que no habia por el momento ninguno desocupado, y que no les faltaria para dormir. Entre tanto debían darse por contentos de estar en una gran sala comun en la que habia muchos bebedores que alborotaban, pues precisamente aquel dia habia sido la fiesta del pueblo. Tomaron su partido y se colocaron en un rincón, y poco á poco los parroquianos de la taberna fueron desfilando para ir al baile, lo que les permitió cenar con mas tranquilidad que esperaban, y la cena fué mejor que debían prométersela, pues se compuso de aves, pastelería, frutas y muy buen vino. Antes de que concluyese se encontraron completamente solos, mas la prudencia no les permitia hablar de sus asuntos, temiendo que los escuchasen, cosa muy fácil, pues no los separaba del cuarto inmediato mas que un tabique de tablas muy delgadas. Trataron de cosas muy indiferentes, y sin embargo alguno los oía. Concluidos los postres, salió don Cristóbal para hacer que preparasen el cuarto, llevasen el equipaje á él, é informarse del posadero acerca del viaje del día siguiente y del camino que deberían llevar. Estaba Leonor pensativa con el codo apoyado en la mesa, y la cara en su mano, escuchando la música del baile, vagando incierta su vista en el fondo obscuro de aquel salon desierto, cuando de repente le pareció distinguir en frente de ella precisamente en el ángulo opuesto, una figura humana que se movia y alargaba en la sombra. La luz del velon, que estaba delante de ella, le daba en los ojos, representándola como una pared. Se sorprendió Leonor y temió: la persona desconocida se fué acercando muy despacio hasta llegar

al corte de la mesa, que la separaba de Leonor. Era una mujer alta y delgada de facciones bellas y regulares, color de cobre y ojos negros que brillaban como dos luces: llevaba en la cabeza una especie de turbante encarnado; la cubría un vestido de color gris hecho un harapo, y parecía tener poco mas de cuarenta años: era muy fácil reconocer en ella una gitana. — Señora, dijo, no tenga Vd. miedo de mí: me habia quedado dormida allí sobre una estera, y el hambre me ha despertado: ¿tendria Vd. la bondad de darme de comer? — Con mucho gusto, todo lo que hay aquí está á la disposicion de Vd.: tome Vd. una silla, buena mujer, y coma y beba. La gitana no se hizo repetir el ofrecimiento y se sentó en frente de Leonor, que la miraba con compasion, y empezó á comer en silencio como quien tiene hambre atrasada. Cuando estuvo harta, dijo á Leonor con voz grave y conmovida: — El cielo remunerere á Vd. la caridad que me ha hecho: no tengo otro medio de manifestar mi gratitud por el bien que he recibido; pero si Vd. quiere, le diré la buenaventura; pues es un arte en el que paso por hábil. — Me dará Vd. mucho gusto, respondió Leonor.

(Se continuará.)

Obra de escultura hallada en Cartago.

El Museo de antigüedades del Louvre se enriquecerá muy pronto con un magnífico trozo de escultura que bajo todos conceptos debe llamar la atención de los arqueólogos y de los artistas. Ponemos á continuación el grabado que se ha sacado de un dibujo hecho al daguerreotipo. Las dos personas que figuran al lado parece que representan al canciller del consulado de Inglaterra en Túnez y á su hijo, que se han distinguido siempre por su afición á visitar las ruinas de Cartago.

En 1843 M. Delaporte, hoy cónsul en el Cairo, siendo canciller del consulado de Francia en Túnez, tuvo la fortuna de descubrir este precioso fragmento en las excavaciones mandadas hacer por el rey Luis Felipe, para erigir la capilla existente hoy en el mismo sitio en que san Luis lanzó el último suspiro.

No sabemos á que juicios y conjeturas dará lugar el trozo de escultura en mármol blanco hallado últimamente y perfectamente conservado. Redúcese este á la parte anterior de una cabeza de mujer, siendo su altura de unos dos metros. No parece que su irregularidad provenga de haber tenido una forma mas completa en su origen, pues al contrario, todo hace presumir que esta figura se habia hecho tal como está, para ajustarse al hueco á que sin duda la destinaron en el fronton de algún templo ó palacio. En la ausencia de toda tradicion y de todo dato que ofrezca algun grado de certeza, nos aventuramos á decir que dicha escultura es una Dido. Variada un poco la forma de la diadema, y será una Diana; suponedla hallada en otro país; y será cualquiera otra divinidad. Ahora, lo que hará indudablemente pensar un poco á los anticuarios, es el peinado formado de ondulaciones de un carácter harto singular, que sirviendo de elegante adorno á la fisonomía, se levanta graciosamente sobre la oreja. Creemos que este precioso resto de las artes antiguas debe pertenecer á la Cartago romana elevada sobre las ruinas de la Cartago fenicia, y destruida á su vez por los Vándalos.

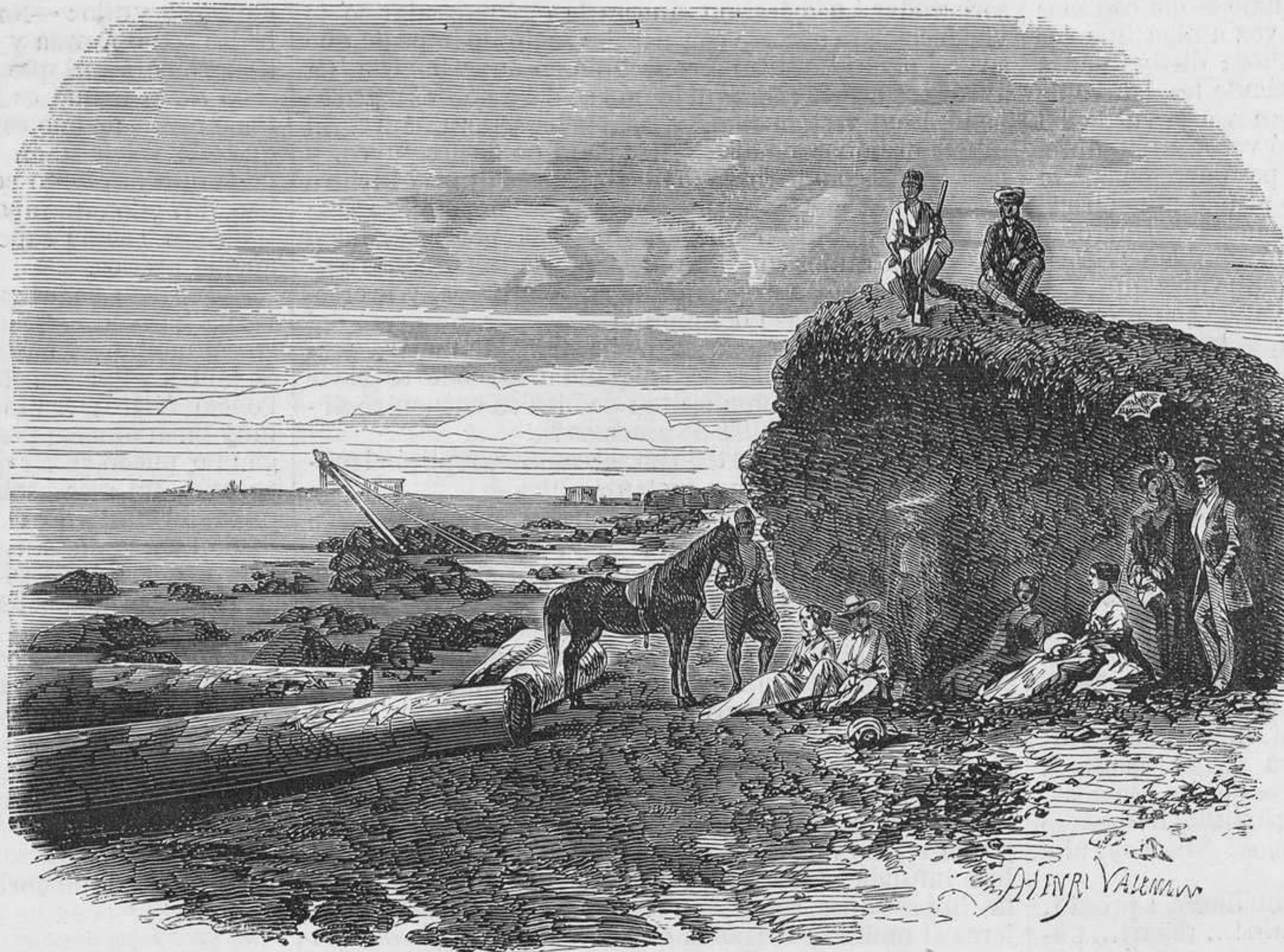
El cuidado que los romanos tuvieron de hacer desaparecer hasta los menores vestigios de la civilizacion cartaginesa, no dejó subsistir nada de lo que tenia cuando sucumbió la rival de Roma. Pero al ménos puede suponerse que siguiendo los ejemplos de Tiro, Sidon y otras ciudades fenicias, Cartago debió dar á su arquitectura el carácter semítico de que no hay memo-

vestigaciones bien dirigidas con medios de accion suficientes. La misma idea ocurre cuando se tiende una mirada sobre las columnas derribadas y otros restos antiguos que abundan en las inmediaciones del acueducto, cuyos vestigios desconocidos están representados en esta misma página. Los personajes y caballo agrupados son exactos, pues el dibujo es la reproducción de una vista tomada al daguerreotipo.

Conocidas son las ventajas que los antiguos llevaban á los modernos en esta parte de los trabajos públicos que tenia por objeto llevar el agua con abundancia á las poblaciones. El pensamiento se estremera al aspecto del carácter generalmente colosal de esos acueductos antiguos que han atravesado los siglos sin notable alteracion. No hace mucho que en las inmediaciones de *Vienne* en Francia se descubrió un acueducto romano subterráneo, del cual las dos terceras partes se hallan en estado de prestar á la generacion actual los mismos servicios que prestaron á la que vió su construccion, y en España entre otros existe el famoso acueducto de Segovia, mejor conservado que muchas obras modernas, aunque es quizá mas antiguo y grandioso que el que tanto excita la admiracion de los franceses.

En cuanto al acueducto romano ó cartaginés situado en el terreno que figura el primer grabado de esta página, es poco probable que el gobierno de Túnez se tome nunca la pena de rehabilitarlo utilizando los trozos que podrian servir todavía.

Al tender una mirada sobre la playa desierta y desolada de Boghar es difícil no entregarse á esos sueños que representan á nuestra imaginacion el pasado, haciéndonos reconstruir la Cartago de los fenicios y la Cartago de los romanos casi tan vasta, tan poblada y tan corrompida como la misma Roma, cuando los bárbaros vinieron á ejercer sobre ella su destructora mision.



La ribera del Boghas, en Cartago.

ria en los residuos de la Cartago romana. Todas las ideas que hemos tenido acerca de la escultura entre los pueblos de raza semítica, vendrian por tierra, si fuese posible, que un monumento tal como el desenterrado por M. Delaporte hubiera pertenecido á la primitiva

Boghar es difícil no entregarse á esos sueños que representan á nuestra imaginacion el pasado, haciéndonos reconstruir la Cartago de los fenicios y la Cartago de los romanos casi tan vasta, tan poblada y tan corrompida como la misma Roma, cuando los bárbaros vinieron á ejercer sobre ella su destructora mision.



Fragmento de una escultura, descubierta en Cartago.

Cartago. ¿Pero, quién interrogará á los mármoles? En el momento en que escribimos estas líneas hay quien los explota como los pedazos informes recién sacados de una cantera. ¿Quién puede calcular las embarcaciones destinadas á trasportarlos á Malta y á toda la Italia, donde para uno que encuentre buena acogida, hay ciento que sometidos al estrago del pico y de la sierra van á adornar el dintel de una puerta ó el piso de una sala?

Las excavaciones hechas para la construccion de la capilla de san Luis hacen presumir la gran cosecha de descubrimientos arqueológicos á que darian lugar in-

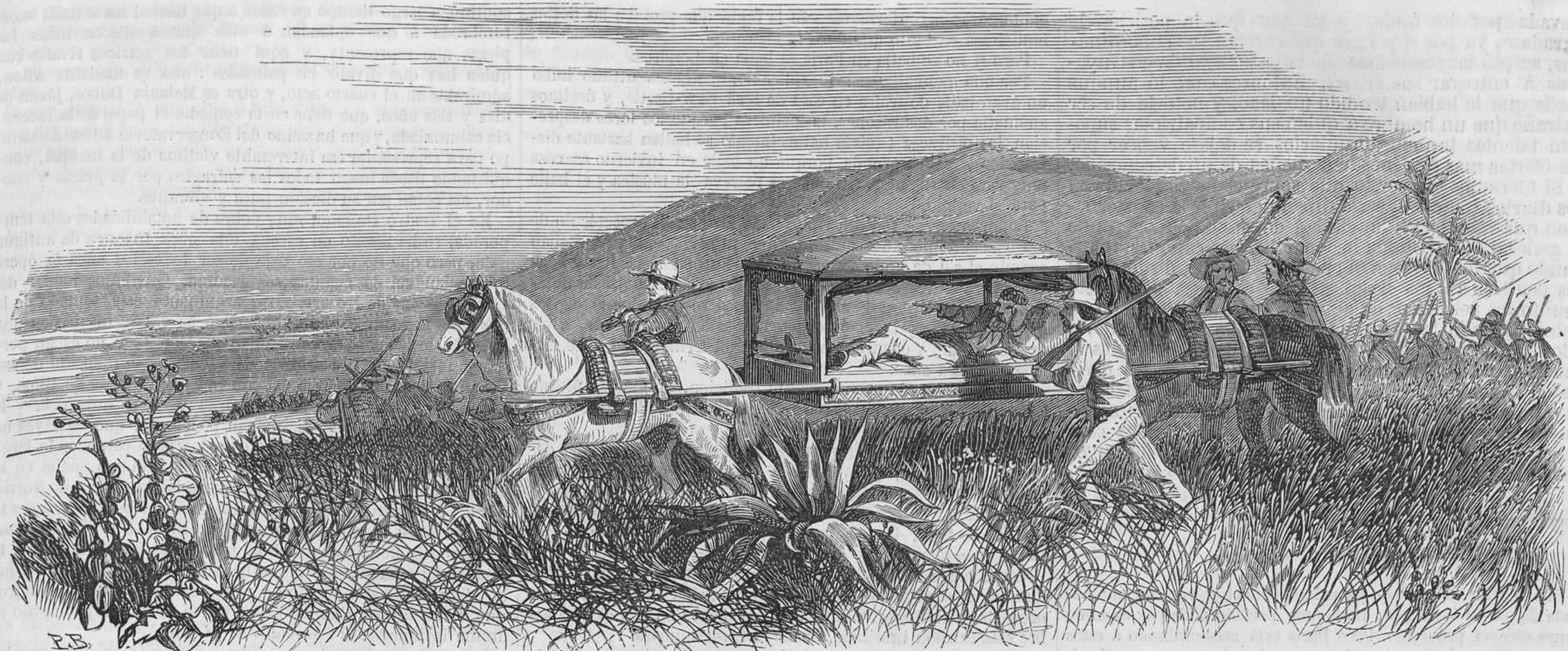
tiempos primeros del descubrimiento y conquista de aquellas regiones, muchos aventureros lisonjaban á la corte para obtener honores y empleos que para ellos eran verdaderas minas. Y no queremos por esto negar la riqueza de aquel terreno tan explotado como inagotable; al contrario, creemos que contiene todo lo que basta á saciar la avaricia del viejo mundo, ya que no pueda ofrecer aquellos guijarros de oro y de diamantes que prometió Lorenzana y que con tanta gracia exageró Voltaire hablando del Dorado. La Sonora, en efecto, manifiesta en su rica vegetacion que pertenece á las privilegiadas regiones de la América, y por el oro

La Sonora.

M. DE RAOUSSET-BOULBON.

La Sonora, como todo el mundo sabe, es un país limitado al E. por la provincia mejicana de Chihuahua y el Nuevo Méjico, al S. por la de Sinaloa y al O. por el golfo de California, llamado tambien mar Bermejo por el color que toman sus aguas cuando los rayos del sol en su ocaso reflejan en las olas azuladas. Extiendese la Sonora á lo largo de dicho mar en un espacio de 714 millas inglesas, desde la embocadura del rio Colorado á la del Mayo, teniendo al Norte las fronteras de Méjico y los Estados Unidos.

No vamos á trazar aquí la historia de este país que como la de todo el Nuevo Mundo está plagada de fábulas, respecto á la riqueza mineral, con las cuales en los tiempos primeros del descubrimiento y conquista de aquellas regiones, muchos aventureros lisonjaban á la corte para obtener honores y empleos que para ellos eran verdaderas minas. Y no queremos por esto negar la riqueza de aquel terreno tan explotado como inagotable; al contrario, creemos que contiene todo lo que basta á saciar la avaricia del viejo mundo, ya que no pueda ofrecer aquellos guijarros de oro y de diamantes que prometió Lorenzana y que con tanta gracia exageró Voltaire hablando del Dorado. La Sonora, en efecto, manifiesta en su rica vegetacion que pertenece á las privilegiadas regiones de la América, y por el oro



Expedicion en la Sonora. Mr. Raousset-Boulbon, estando enfermo, manda que le lleven al combate.

esparcido en sus terrenos de aluvion que se halla á poca distancia de la California.

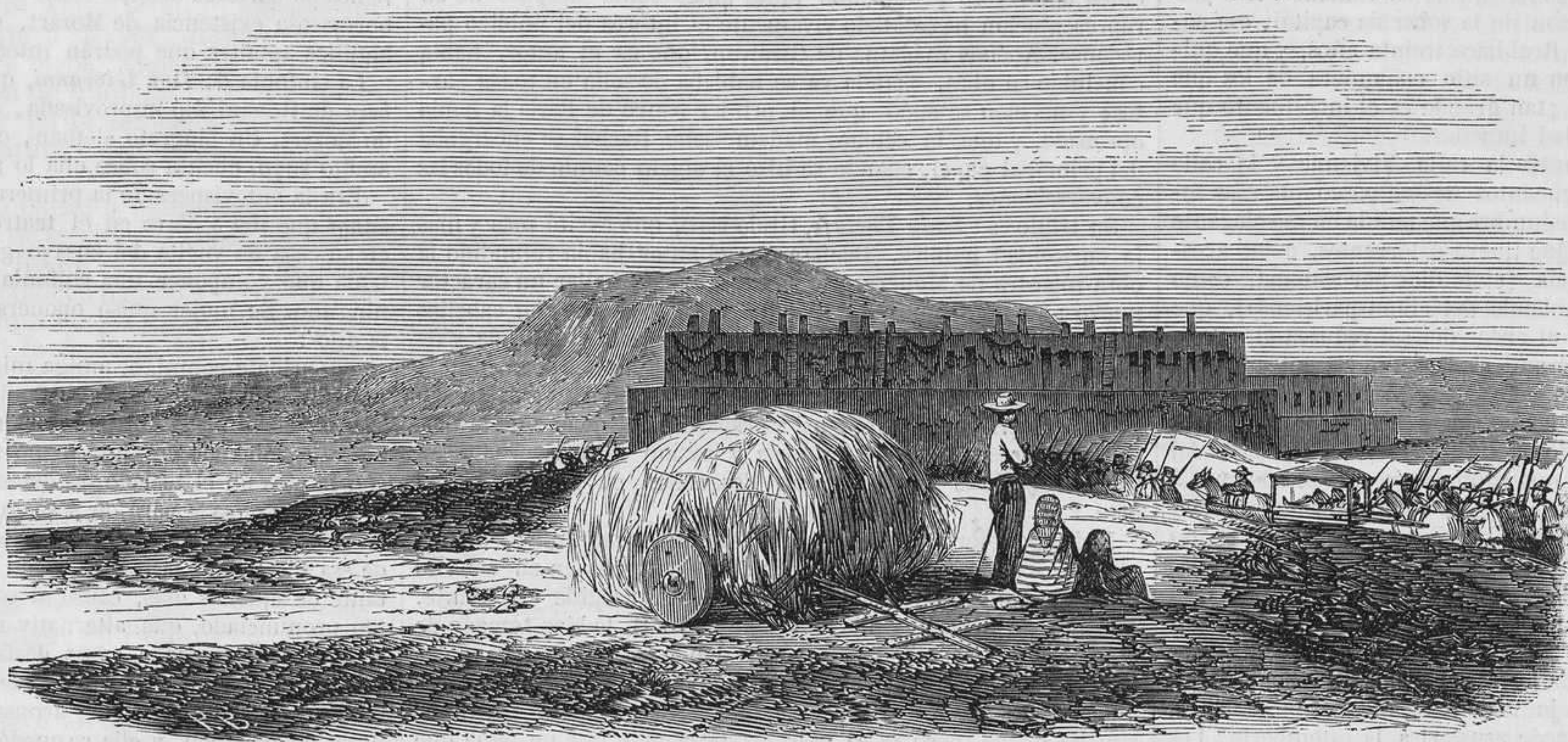
Entre las personas que han preferido el país de la Sonora al de la California para la extraccion del mas precioso de los metales, se cuenta M. de Raousset - Boulbon, francés, amigo de aventuras que le han valido alguna celebridad, y de quien dicen sus paisanos que habia ido á la Sonora, mas por el gusto de visitar aquel país que por el deseo de enriquecerse, cosa que hablando para internos merece la pena de ponerse en duda. La prueba de esto está en que tan pronto como M. de Raousset-Boulbon llegó á aquellas tierras, empezó la explotacion de las minas, de la Arizona situadas á una legua de la ciudad de Arispe, protegido por el gobernador Cabillas. Bien pronto el general Blanco hizo entender al nuevo vecino, que si queria continuar explotando las minas, necesitaba tomar carta

de naturalizacion en Méjico, para lo cual envió un destacamento de 830 hombres, sabiendo que M. de Raousset-

pueblo de Hermosillo y en la primera descarga perdió M. de Raousset-Boulbon veintidos

hombres, lo que animando la intrepidez de este y el valor de sus soldados, vino á ocasionar nuevas desgracias, pues el pueblo fué tomado, muchas personas muertas ó heridas y mas de ochenta casas entregadas al incendio, espectáculo que no favorece mucho á la nombradía de M. de Raousset-Boulbon.

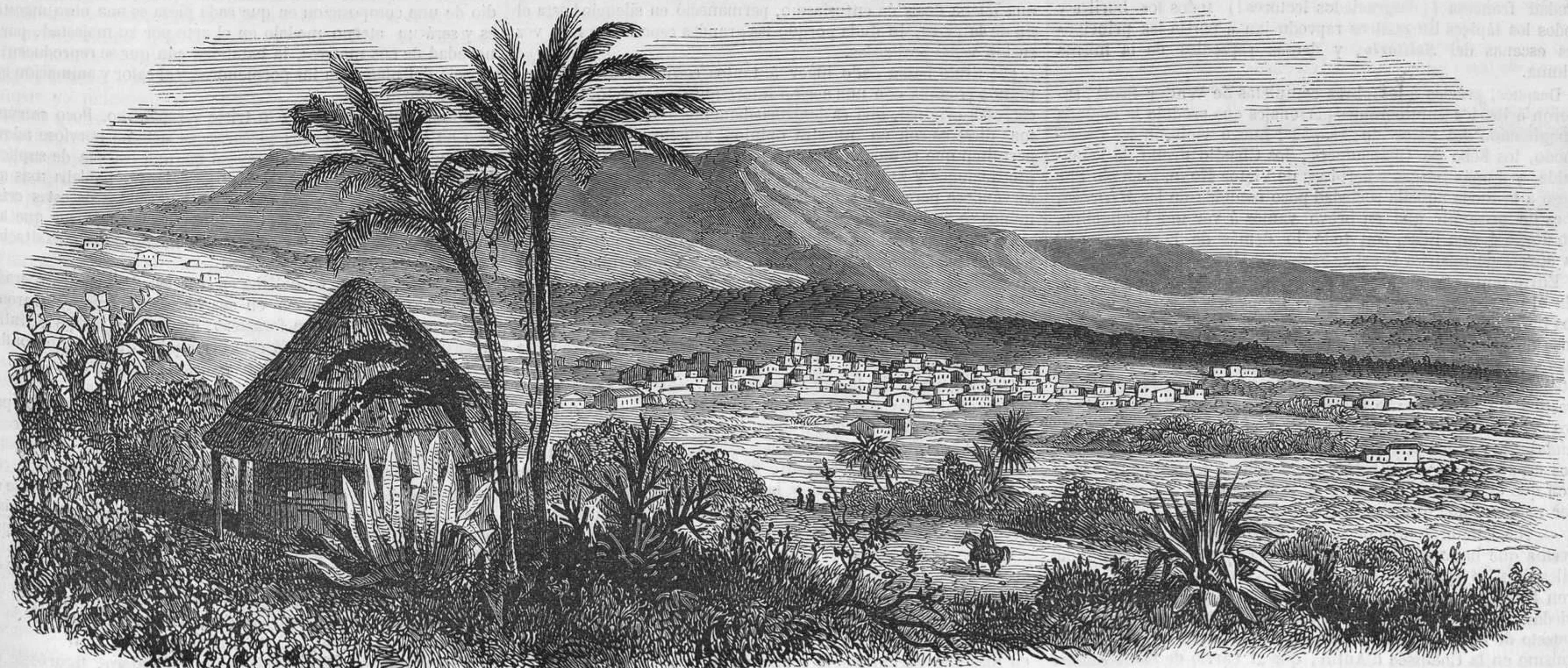
Despues de este hecho de armas, los franceses contando con el refuerzo que les habian prometido, se dirigieron hácia Guyamas; pero habiéndoles salido al encuentro un mejicano, les hizo ver los peligros á que se exponian, asegurándoles que obtendria un indulto para ellos y que se les daría cinco mil duros si deponian las armas, lo que fué una embos-



Pueblo de Hermosillo. -- Campo del combate entre M. Raousset-Boulbon y el general Blanco.

Boulbon se preparaba á hacer resistencia contando con el apoyo de un influyente y rico hacendado del país. Verificóse el encuentro de las fuerzas enemigas en el

cada. M. de Raousset-Boulbon que en el momento sufría un ataque de disenteria tan violento que no le permitia tenerse en pié, se hizo conducir en una litera



Ciudad de Arispe.

Llevada por dos mulos y ya por que la posición le agradase, ya por el peligro que corrían sus subordinados, aceptó las condiciones de la paz entrando en Guyanas á entregar sus armas. Entónces conoció aunque tarde que le habían tendido un lazo, y no deja de ser extraño que un hombre á quien sus compatriotas suponen talentos tan extraordinarios se dejase vencer por las ofertas mas ó ménos halagüeñas de un desconocido.

Si fuéramos á creer lo que sobre el particular dicen los diarios franceses, sería difícil describir la consternación que reinaba en la ciudad de donde suponen que el general Blanco había hecho retirar los cañones, mandando que los llevasen á cuatro leguas de distancia, y los ocultase en los bosques; pero como ya sobre este asunto los periódicos de aquellos países han emitido su opinión dando los pormenores de todo lo ocurrido, á ellos nos remitimos ahorrando á nuestros lectores la inútil tarea de realzar lo que ya tal vez tengan olvidado. El resultado de todo fué que los vencidos sufrieron la pena á que les condenara la imprudencia de un jefe que tan ligeramente se lanzó al combate para caer luego en una emboscada, siendo embarcados los suyos para Mazatlan y los otros para San Francisco.

Historia de la semana.

El invierno de este año ha principiado el juéves con una nevada digna de los Alpes; no hemos perdido nada por esperar, como dice el proverbio. Pero Paris está acostumbrado á estos furiosos, de modo que lo mismo con la nieve que con el sol, los negocios y las diversiones siguen su curso ordinario. Y aun hay mas que esto; los excesivos frios ni siquiera son un obstáculo para el paseo. Existe en la inmensa línea de los boulevards un cierto paraje, que nunca se ve abandonado por los paseantes. Es cierto que el sitio está escogido á las mil maravillas; toda la Europa, y aun bastanta parte de la América, ha pasado, pasa y pasará por ese afortunado boulevard de los Italianos. Allí palpita, por decirlo así, el corazón de la soberbia capital, ese corazón que latía en el Palacio Real hace treinta años, y que quizás dentro de veinte latirá en un sitio cualquiera de los que llamamos hoy extremidades; tan grande es el incremento que toma de día en día esta ciudad inmensa.

Las tiendas de estampas entre la calle Vivienne y la calle Grammont son uno de los encantos de ese paseo que mas seducen á la desocupada muchedumbre que pulula en esa elegante fracción de los boulevards. Que llueva á torrentes, como acostumbra hacerlo con frecuencia (siete días por semana, como dice un gracioso escritor, hablando del clima parisiense), que granice ó que nieve, ó que el ardor del sol reduzca al estado líquido el asfalto de las aceras, siempre se encontrarán allí grupos compactos, plantados sobre sus piernas, ojos y boca abierta, y la nariz pegada á las vidrieras de esas estamperías afamadas. En cuanto un curioso, satisfecho ya, se separa del grupo, ya hay otro curioso supernumerario que se adelanta á ocupar el puesto, y la reunión continúa como ántes compacta y sólida. A veces hay algunos que se hallan mas atentos á la bolsa y al pañuelo del prójimo que á la exposición artística de las vidrieras, pero aun poniendo á parte á los de este oficio, el número de curiosos propiamente dichos, no experimenta por esto una gran baja.

¡Sublimes paseantes! nada les distrae, ni les incomoda, ni las balas de febrero, ni las de junio de 1848, ni las sublevaciones, ni las barricadas; ¿cómo puede asustarles la intemperie? Los aficionados á mirar estampas siguen en su puesto acostumbrado, con sus paletots y sombreros cubiertos de nieve; diríase que visten rico armiño; se frotan la nariz, soplan de cuando en cuando en sus manos, y á veces sacuden la sábana que les cubre, pero no por eso abandonan el campo.

En todos tiempos, y sobre todo en nuestra época, la literatura ha ejercido en Francia una grande influencia sobre las tendencias del arte y sobre la imaginación de los artistas. Cuando las novelas de Arlincourt hacían las delicias de la sociedad francesa (¡desgraciados lectores!) todos los buriles y todos los lápices litográficos reproducían á porfía las principales escenas del *Solitario*, y demás rapsodias de la misma pluma.

Después, gracias á las obras completas de Walter Scott, salieron á luz los innumerables personajes que produjo la fecunda imaginación del autor de *Ivanhoe*. Luego vinieron los Quasimodo, los Febo de Chateaupers, los Claudio Frollo, la Esmeralda, y demás héroes y heroínas de Victor Hugo. Eugenio Sue puso á la moda aquella sociedad poco escogida de los *Misterios*, y es de presumir que en breve vamos á ver una Evangelina, un Jorge ó una Elisa, con todo lo demás de la comparsa de la novela de miss Beecher Stowe.

Entre tanto la curiosidad no carece por cierto de alimento. En el puesto de honor de los susodichos cristales resplandecen los hermosos retratos de S. M. la emperatriz Eugenia. Los mas notables son los de los famosos litógrafos Alophe y C. Deshayé, pero hay otro, y muy nuevo, que llama sobremanera la atención por los recuerdos que despierta. La condesa de Theba, vestida de amazona, con sombrero andaluz, va paseando por los Pirineos montada en una mula, ricamente enjaezada á la andaluza, y armada como la mujer de un contrabandista; para los españoles este es el retrato preferible á todos por la verdad con que expresa la hermosura de la Emperatriz y por el carácter nacional que le distingue.

— Nada tendrán que decir los escrupulosos sobre esta cuarema que ha empezado de un modo ejemplar, en medio del silencio mas profundo. Desde el miécoles de ceniza se acabaron los vales y las contradanzas; se acabaron los bailes de sociedad, lo mismo que las fiestas oficiales, todo el mundo se ha puesto de acuerdo para cumplir religiosamente la consigna, lo mismo en la Chaussée d'Antin, que al barrio de Saint-Honoré y en el de San German; en todas las regiones del mundo ele-

gante parecen conformarse con la regla que prohíbe las fiestas bulliciosas en tanto que dura la cuarema.

Pero si no se baila en Paris se baila en Londres.

Por una anomalía casi inexplicable, el mártés último hubo un gran baile de trajes en casa de lord New-Castle, y decimos anomalía por dos razones, la primera porque los lores desprecian los disfraces (quizás naturalmente se hallan bastante disfrazados), y la segunda porque un baile en invierno es cosa muy rara en Inglaterra, donde se reserva la música y el baile para el verano.

Londres ofrece todos los años á la Europa el espectáculo de ese celebrísimo anacronismo. Los ingleses cantan y bailan cuando el sol de junio disipa en toda Europa los bailes y conciertos; mientras Paris acude presuroso á las escuelas de natación que pueblan el Sena, los ingleses se amontonan en los palcos de Drury-Lane ó de Covent-Garden; para ellos, vivir es transpirar, y cuanto mas alto esté el termómetro, mas alegría hay para ellos.

Pues, á pesar de esa constante tradición, el mártés último hubo un baile, como hemos dicho, en casa de lord New-Castle.

Los periódicos de Londres traen en columna cerrada los detalles de esa fiesta, que tienen la humorada de intitular: *un baile histórico*.

En efecto, parece que los trajes fueron tomados del período de 1730, lo que producía el efecto mas pintoresco que puede imaginarse.

Como había un crecido número de salones y una muchedumbre de convidados, lord New-Castle había hecho poner tres orquestas: el *Times*, después de deshacerse en mil elogios sobre esta función inusitada, añade la frase siguiente:

« Como las orquestas tocaban siempre lo mismo, se pudo bailar á un tiempo en todos los salones. »

¡Y la Inglaterra se llama un país musical por excelencia! Es cierto tambien que nadie sino ella lo crea.

Pero volvamos á pasar la Mancha, y entremos hoy por extraordinario en los teatros.

Se ha representado en el Teatro Francés una comedia en cinco actos y en prosa, que tanto ántes como después de su representación ha excitado vivamente el interés del público parisiense. Apénas madama de Girardin, que es el autor, había concluido su obra, cuando ya se hablaba de ella en todas partes; y no bien se supo que el primer teatro de Paris la había aprobado, y que la célebre mademoiselle Rachel se encargaba del principal papel, cuando se hizo el objeto comun de todas las conversaciones.

Su título es: *Lady Tartufe*, título raro, que excitó mas y mas la curiosidad pública. Decíase que el autor había refundido la obra maestra de Molière, y que había sabido hallar un carácter nuevo: ya no íbamos á ver aquí la hipocresía con cabellos bien peinados y con capilla corta, sino vestida de seda y de terciopelo, con la sonrisa y elegantes maneras del gran mundo del siglo XIX. Hay quien decía que era un tipo, otros aseguraban que era un retrato; así se esperaba la noche de la primera representación con el ansia y pasión que despiertan en Paris las obras literarias que descuellan en la historia del arte.

El Emperador y la Emperatriz asistían aquella noche al teatro que, espléndidamente iluminado, encerraba en su seno lo que está convenido llamar una sociedad escogida y brillante. Madama de Girardin y mademoiselle V. de B. habían tomado de antemano los principales puestos, donde ostentaban sus galas la gente de alto rango; los pintores, artistas, poetas y literatos guarnecían las últimas localidades; solo faltaba el público aquella noche, pero ya se le había prevenido que no tenía que molestarse, por medio de un anuncio impreso que contenía estas palabras:

« Hoy no se abrirá el despacho de billetes, porque todos los palcos y lunetas se hallan tomados de antemano. »

Podrá decirse muy bien que esto no fué la primera representación de una comedia, sino una función dramática que dió madama de Girardin á sus amigos.

Ante ese público, pues, se representó la comedia en cuestión, pero sucedió que esa asamblea que debía llevar preparada una buena dosis de entusiasmo, permaneció en silencio hasta el fin de la pieza, sin duda porque las grandes esperanzas rara vez suelen verse realizadas.

¡El título había dado lugar á tantos comentarios! Todo el mundo contaba con una acción interesante, y sobre todo con un carácter original, que es desgraciadamente lo que falta. Mucho mas diestros son en nuestra opinión aquellos autores que no permiten que se elogien sus obras de antemano, que toman mil precauciones y hasta se envuelven en el velo del misterio, reservándose para el día de la representación, que llega cuando ménos se espera.

La fábula concebida y desarrollada por madama de Girardin no debe haberle costado grandes esfuerzos de imaginación, pues en general puede decirse que es lánguida y fría.

Sin embargo, el cuarto acto es de lo mas notable que se ha escrito, y en el quinto hay una escena admirable, la única quizás que proporciónó á Rachel una ocasión de lucir su elevado talento.

Trátase, pues, en la comedia de una mujer que quiere casarse con un mariscal de Francia, y que al mismo tiempo quiere impedir á un jóven á quien ama, que se case con una preciosa niña. Al intento esparce algunas calumnias, acogidas con una facilidad bastante inverosímil, y cuya falsedad se demuestra luego. Los jóvenes se casan, y la hipócrita Lady Tartufe, á pesar de que la han arrancado ya la máscara, deja traslucir que no por eso cesará en sus intrigas y engaños.

Sobre este argumento ha escrito el autor su comedia, en la que se oyen buenos dichos y buenos epigramas, aunque no todos pueden llamarse nuevos. Su estilo es animado, y el diálogo está lleno de alusiones chistosas.

En las representaciones posteriores, el público ha estimado en mas alto precio que la reunión del primer día la comedia de madama de Girardin, però se duda que sus representaciones

continúen largo tiempo en razón á que Rachel no se halla acostumbrada á que aplaudan á otra sino á ella en todas las piezas que representa, y aquí tiene dos actrices rivales con quien hay que dividir las palmadas: una es madama Allan, admirable en el cuarto acto, y otra es Melania Dubos, jóven de diez y seis años, que tiene en la comedia el papel de la inocencia calumniada, y que ha salido del Conservatorio ántes de tiempo para representar esa interesante víctima de la maldad, conquistando desde luego todos los sufragios por su gracia y candor, así como por su dicción pura y vibrante.

En el Teatro Italiano; muy pobre de notabilidades esta temporada, se ha puesto en escena una obra maestra de antigua data, pero que no por eso deja de ser todos los años la ópera mas aplaudida de cuantas se ejecutan. Queremos hablar del *Don Giovanni* de Mozart, cuyo argumento está tomado de la pieza de Tirso de Molina, el cual á su vez se inspiró en una leyenda, de la que parece resultar que Don Juan no es un personaje imaginario. La crónica de Sevilla hace mención de ese libertino que robó la hija del comendador Gonzalo de Ulloa, y atravesó de una estocada al padre; pero la influencia y la categoría de Don Juan fueron tan poderosas, que las leyes no pudieron nada contra él, ni siquiera lograron contener la larga serie de sus iniquidades. Una mujer le dió cita una noche en la iglesia de un convento de franciscanos, donde entró y no volvió á salir, suponiéndose que los frailes le mataron para vengar la muerte de su bienhechor Gonzalo de Ulloa. Los religiosos esparcieron la noticia de que Don Juan había ido á insultar á la estatua del comendador que se hallaba sobre su sepulcro, y que la tierra se le había tragado, y para dar mas crédito al milagro, uno de los frailes, Gabriel Tallér (Tirso de Molina) compuso el drama intitulado: *el Convidado de piedra*.

Sobre este argumento, modificado como lo ha sido por las literaturas del Norte y por el mismo Molière, ha desarrollado el incomparable genio del músico alemán, los tesoros de una ciencia suprema, vestidos con las galas de una imaginación sin rival, en cuanto á gracia, sensibilidad y ternura.

El análisis de esta obra imperecedera, que no tenemos la pretensión de examinar aquí, ha producido volúmenes enteros, llenos de curiosos detalles sobre la partitura y sobre la corta y borrascosa existencia de Mozart, de los cuales vamos á sacar algunos apuntes que podrán interesar á nuestros lectores.

La sinfonía de *Don Giovanni*, que lo mismo que la del *Barbero* de Rossini fué improvisada, es una de las mejores piezas de Mozart. Un biógrafo alemán, contemporáneo del maestro y amigo suyo, cuenta sobre ella lo siguiente:

Era la antevíspera de la primera representación de *Don Giovanni* que iba á darse en el teatro de Praga. Mozart al entrar en su casa de vuelta del ensayo general, dijo á su mujer que tenía que componer una sinfonía aquella noche, sin remedio ninguno. Su mujer quiso oponerse á ello, pero él se obstinó y la dijo:

— Quédate conmigo, amiga mia; me harás un ponche y me impedirás que me duerma, cuando me entre el sueño.

Y en efecto, á la entrada de la noche se sentó en su clavicordio, y escribiendo con una mano sobre la mesa lo que hallaba con la otra en el teclado, se detenía de tiempo en tiempo para beber una copa y para oír á su mujer que le contaba el cuento de la *Lámpara del príncipe Aladín*. La noche, la fantasmagoría de esa historia y la bebida, todo eso reunido al trabajo constante de aquellos días, causó al compositor un efecto nervioso tan pronunciado, que alternativamente se echaba á reír á carcajadas, ó se quedaba como desfallecido sobre su asiento. Su mujer creyendo que era imposible que pudiera componer nada bueno en aquel estado, le aconsejó que durmiera un par de horas en un sillón, y ella se quedó mirando con desconfianza la gran cantidad de menudas notas que había escrito ya su marido en el papel rayado. A las cinco de la mañana, á pesar de que sintió mucho turbar aquel reposo tan necesario para reparar las perdidas fuerzas del compositor, le despertó, y él continuó su obra. A las siete debían venir á buscar las partes, y las hallaron listas. « Hay personas, dice el biógrafo alemán, que pretenden hallar las huellas de aquel letargo y de aquel despertar repentino en varios pasajes de la sinfonía... »

De todos modos, esta famosa introducción, admirable preludio de una composición en que cada pieza es una obra maestra, es y será un eterno modelo en el arte por su majestad, por la novedad de sus motivos, la habilidad con que se reproducen, la ciencia del plan y de los pormenores, y el calor y animación que reina en toda ella.

Mozart murió de un modo triste y repentino. Poco escrupuloso en la elección de sus placeres, su sistema nervioso adquirió una irritabilidad que degeneró en una especie de suplicio. En sus frecuentes accesos de hipocondría, no hablaba mas que de ideas de muerte, y cuando en los entreactos de estas crisis tomaba la pluma, trabajaba con una especie de furor que aumentaba de día en día su delirio. En medio de esta exaltación compuso sus últimas obras.

Una mañana que se hallaba en ese estado casi desesperado, sumergido mas que nunca en sus ideas lúgubres, entraron á decirle que había allí un forastero que quería hablarle. Introdujeron, pues, en la sala á este personaje, que era un hombre de edad avanzada y de ademán siniestro, el cual pronunció las siguientes palabras:

— Vengo de parte de una persona de alto rango que ha perdido una amiga adorada, á ver si quereis encargarnos de componer un *Requiem* por su alma.

Este encargo llamó vivamente la atención de Mozart: recordaba de un modo tan extraño con el curso irresistible de sus ideas, que creyó tener delante de sí un ser fantástico enviado por un poder oculto para que compusiera el himno de sus propios funerales...

Por esta razón apénas se detuvo en hablar del precio de la obra, que el forastero exigió para dentro de un mes.

— ¡Dios mio! exclamó Mozart; ¿con qué solo me queda un mes de vida?

Y mirando asustado al misterioso mensajero, figurósele ver en su rostro la expresión de una oculta ironía. El desconocido

dejó el dinero convenido sobre la mesa, diciendo que volvería dentro de cuatro semanas; Mozart no se atrevió a tocar las monedas.

—Mira ese oro, dijo á su mujer, mira si quema y si huele á azufre.

Mozart trabajó á esta obra noche y día con el calentamiento ardor del genio que siente llegada su hora, y tanto más de prisa, cuanto que no quería dejar su memoria huérfana de un monumento inmortal que admirarán los siglos. Todas estas causas produjeron un efecto grandioso. El *Requiem* se considera hoy como una de las obras maestras de la música sagrada.

Mozart murió pocos dias despues de haber escrito los últimos acordes de su *Requiem*, y en cuanto al misterioso personaje que se le encargó, nadie le volvió á ver nunca.

X.

Modas de hombres.

SUMARIO. — Resurreccion del calzon corto en Tullerías. — Chalecos con bordados de violetas y abejas. — De la forma que tendrán las nuevas levitas de paseo. — Modificaciones en los fraques. — Las alhajas políticas. — Proyectos de chorreras y mangas con encajes. — Transformación de la librea de los lacayos. — Un traje de capricho digno de mis lectores de Ultramar. — Descripción del figurín de modas. — Promesas para el mes de marzo.

El traje principia á salir de las tinieblas en que ha estado sumergido desde 1830. En los bailes de corte se acabó ya el frac y el pantalon negro que la clase media amaba tanto. ¡Pobre pantalon, desterrado de Tullerías de hoy en adelante! ¡Oh decadencia de las decadencias! El calzon corto, decretado por S. M. el Emperador, se presenta con una arrogancia extraordinaria. Ya le estoy viendo con afollados, lazos y cintas para dar gracia y coquetería á una pierna mas ó ménos bien contorneada.

¡Ah, señores elegantes, ahora les toca á ustedes estudiar esos mil secretos íntimos que engañan los ojos y que sorprenden la buena fe! Ahora tendrán ustedes que ser mas indulgentes, porque á su vez tambien necesitarán la indulgencia de los otros. Ahora no repararán ustedes tanto en la frescura de nuestras mejillas, en la frescura de nuestra tez, y en la opresion de nuestros corpiños, porque se acordarán, y con frecuencia de..... sus pantorrillas ausentes.

El nuevo traje decretado para los buenos parisienses, se compone de una casaca de terciopelo verde adornada con un galon (*ad libitum*) de un calzon corto, tambien de terciopelo verde, de un chaleco blanco y de medias de seda blanca, traje cuya riqueza y elegancia estará en proporcion del gusto y de la fortuna del que le gaste. Un rico galon de plata al rededor de la casaca de terciopelo verde, sentaría á las mil maravillas.

Quizás se me contestará que tal es el traje de los saltimbancos, pero he dicho mi opinion sin pensar en burlas.

El frac negro nos democratizó el gusto. Volvamos, pues, á lo pasado, y veremos que los grandes señores de otros tiempos tenían un tipo mas caballeresco y mas aristocrático que los nobles de nuestros dias. Además, la corte está mejor representada en Francia con casacas bordadas de oro que con los fraques negros ordinarios.

El decreto imperial relativo al nuevo traje es, pues, muy importante bajo el doble punto de vista de la política y de la moda.

En el casamiento de la Emperatriz se han mostrado en toda su magnificencia las casacas bordadas al pasado de oro y plata. Hace mucho tiempo que el lujo masculino no habia subido á tan alto grado. Lo mas escogido de la *fashion* llevaba chalecos de muaré ó de gró de Escocia con botones de diamantes. Entre los mas bonitos chalecos que se vieron, citaré uno de muaré blanco bordado de abejas de oro, y otro de gró de Navarra bordado de violetas de oro. Los bordados de esta clase son lo mas aristocrático que se conoce, pues ningun hombre vulgar podria llevarlos.

Nada nuevo existe todavía para los trajes de calle, aunque ya principia á pensar la gente en los nuevos modelos que se verán en Longchamps. Se trata de volver á las levitas cruzadas con dos hileras de botones, con solapas cuadradas de seis centímetros de anchura. En cuanto á los faldones serán largos, en oposicion sin duda á las jaquetas cortas que se llevaron el año último. Sin criticar aquí los vestidos largos, puedo decir que no me gustan, y me parece que los sastres de nombradía deberian decretar un justo medio para que los trajes masculinos no se parezcan ni á un vestido de mujer, ni á una chaqueta.

Tambien sufrirán ciertas modificaciones los fraques de fantasia para visitas por la tarde. Las mangas seguirán siendo anchas, pero se suprimirá la prodigiosa altura que tienen hoy las bocamangas, y se pondrán redondas y graciosas. Quizás la casaca de terciopelo y el calzon corto operarán poco á poco una revolución completa en las modas de hombres. Mucho celebraría yo esa distincion de clases en la sociedad, que obligaría á los ambiciosos á permanecer en sus puestos respectivos, y á no adornarse con plumas prestadas.

Las alhajas políticas se hallan á la orden del dia, y se entienden por tales el águila, la violeta, y las abejas. Los botones de manga de camisa y de chalecos representan admirablemente ya un águila coronada de diamantes, ya una violeta esmaltada de color natural, ó ya una abeja esmaltada de rubíes ó esmeraldas con adornos de oro. Las hebillas de los zapatos no se llevan ya como antiguamente en forma de *gujarros del Rhin*, sino

de piedras preciosas muy variadas. Algunos elegantes ajustan las ligas de cinta de su calzon corto con hebillas de diamantes.

Tambien se trata de llevar chorreras y mangas de encaje, con la casaca á la francesa.

Como los franceses están de chanza siempre, la gente se rie de los nuevos trajes, pero es seguro que dentro de poco causará horror el frac negro, y por mi parte no desespero de hallar este año en el bosque de Bolonia el calzon corto y la casaca de terciopelo.

Tambien se han modificado las libreas, pues era imposible que con tantos bordados de oro, la librea permaneciese democrática y mesquina. Hasta ahora, los lacayos han llevado siempre casaca á la francesa, lisa, ó guarnecida de alamares de seda; hoy estos alamares han sido reemplazados por galones de oro y de plata de diversa anchura, cosidos horizontalmente sobre el pecho en forma de corazon. Algunos los llevan hasta el cuello, así como en la parte alta del faldon. Las mangas van con grandes bocamangas, tambien adornadas con el mismo género de galones. Esta librea es bastante parecida á la casaca á la Luis XVI. Compónese de un frac de paño, de un calzon de pana, de un sombrero de tres picos, medias blancas, y zapatos con hebillas.

He aquí un elegante traje de capricho que recomiendo á mis lectores de Ultramar.

Frac de paño azul chico, con la misma forma que tienen los de soiré, aunque se diferencia de estos últimos en que se abotona por abajo con tres botones. La botonadura se compone de una doble hilera de cinco botones de metal dorado con un águila en medio, que mis lectores pueden reemplazar con una hermosa rosa de España.

Las mangas son anchas, con bocamangas redondas; los faldones tambien anchos, y un poco largos, forrados lo mismo que el cuerpo, de raso azul.

Un chaleco de piqué blanco ó de gró de Escocia blanco, enteramente derecho, con seis botones de metal con águilas. Estos botones de chalecos están mejor de oro que de metal.

Un pantalon de satin, ceniciento claro, cayendo recto, y sostenido con trabillas con dos botones.

Una corbata de tafetan blanco, con rayas escocesas azules de dos colores.

Una camisa de batista con plieguecitos calados.

Ahora pasemos al figurín de modas, que dará á nuestros lectores una idea del gusto del dia: representa trajes de capricho propios para el paseo.

El primer personaje, que representa unos treinta años, lleva un traje sumamente sencillo, aunque muy en uso para salir por la mañana. Consiste, pues, en un paletot-levita, de edredon bronceado, forrado todo de seda, y ribeteado al borde con un estrecho galon del color del paño. El género del corte es holgado; los delanteros llevan una hilera de cinco botones; las mangas son muy anchas como bocamangas redondas. Visto por detrás, el talle parece un poco largo, y dibuja bien los contornos; pero no sucede lo mismo por delante, pues no hay embebido al sesgo, es decir, que cae naturalmente hasta las rodillas.

El chaleco, del que solo se descubre el chal, parece ser de casimir color de paja con *chal cruzado* poco largo de abajo y redondo por las caderas.

El pantalon es de un tejido á grandes cuadros, bien holgados y con trabillas cosidas.

El niño que se ve al lado hojeando un album de paisajes, tiene unos ocho años; el traje que lleva es muy gracioso, sin pretension, sin excentricidad, y de un corte sencillo, grandioso y artístico. — Su *spemerpaletot* es de terciopelo azul de Francia, forrado de seda interiormente; lleva un ancho galon cosido llano todo alrededor, así como en las bocamangas pagodas: las mangas son poco largas, muy ajustadas por arriba y rectas en la parte del codo, por lo cual no tienen costura sino en la sangría. El corte ni dibuja enteramente los contornos, ni es lo que se llama *saco*; el talle de la espalda es de una buena anchura, y hay una pequeña abertura ribeteada de bonitos galones. Visto por delante, cierra únicamente por arriba con tres ó cuatro presillitas en vez de botones. En nuestra lámina de patrones damos el modelo del *spemerpaletot* y del pantalon, en proporciones naturales.

Reina la mayor variedad en las telas de chalecos, pero la forma mas adoptada se abotona recta de arriba abajo; el piqué blanco, el valencias, cachemira y la seda sientan perfectamente.

El pantalon de terciopelo de lana gris y negra pertenece al género llamado *á la husar*, en tanto que lo permiten sus proporciones. Por abajo va sostenido con una trabillita; además lleva una banda de la misma tela de tres centímetros sobre las costuras.

El tercer traje es un semi-negligé de dia, todo lo mas nuevo y distinguido que ha creado la moda. La levita es de paño azul haití, respunteada al borde toda ella; corte holgado con dos hileras de cinco botones, de los que se abotonan cuatro; talle largo, faldones anchos, sin bocamangas ni aberturas.

Chaleco de terciopelo, felpilla de lana y seda á grandes cuadros, cruzado por el pecho con anchas solapas, que cierran por medio de cinco botones.

Pantalon de satin doble gris liso de forma derecha; si se quiere se llevan trabillas.

El cuarto traje es para un hombre de 30 á 40 años, traje excepcional reservado para las corridas y las excursiones á caballo, pero que sin embargo nuestros elegantes suelen llevar para un almuerzo por la mañana temprano. La jaqueta es de paño *vert-finance*, cerrada toda ella por una sola hilera de cinco botones

de metal; talle regular, faldones justos y redondos por delante, y forrados de seda.

El chaleco de cachemira que no se ve, es muy largo, y puede abotonarse fácilmente.

Pantalon de *plaid* escocés, ajustado á la bota, y con trabillas. El jóven elegante lleva debajo del brazo una capita de bolsillo de goma elástica, y no á título de lujo, porque esas capitas son horribles puestas, pero á título de novedad.

La próxima vez hablaré á mis lectores de las modas de primavera, de Longchamps, del sport, y de los nuevos carruajes.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Rubias y morenas.

Laura era rubia: rubias eran tambien las célebres madamas de Seigné, de Grignan, de Longueville, de la Valiere, de Fontanges, y la encantadora duquesa de Orleans (Enriqueta de Inglaterra), tan adorable, tan adorada, y cuyo prematuro fin hizo á Bossuet derramar lágrimas inmortales, recogidas por la posteridad.

—Eloisa, Inés Sorel, *paloma de amor y dama de la hermosura*; Diana de Poitiers, Gabriela de Estrées, Mme. Warens y Julia de Estrange eran rubias, lo mismo que aquella hija de Carlo-Magno, incomparable por su belleza, su ternura y su abnegacion, la princesa Emma, que en una noche de frio glacial atravesó los patios del palacio del imperio, conduciendo en sus hombros á su amante el secretario Eginardo, para que no se reconociesen en la nieve las huellas del calzado del jóven.

Sabido es que los mas admirables tipos rubios se encuentran en las hermosuras inglesas. Rubia era Ana Bouleyn, de quien hemos hecho Ana Bolena, calumniándola un poco y tratándola casi tan mal como lo hizo su marido; Ana Bouleyn, cuyos encantos hicieron repudiar á una reina descendiente de los mas grandes reyes, é imponer un nuevo culto á la Inglaterra; la jóven graciosa Juana Seymur, que la suplantó en el corazon de Enrique VIII, el Barba azul del Albion, era rubia tambien, como la infortunada Juana Grey, y como la bella condesa de Salisbury, á quien el galante Eduardo III recogió la liga en medio del baile, profiriendo las palabras históricas de *mal haya quien malpiense!*

La tierna y poética María Estuardo, perseguida como la virtud, calumniada como la hermosura, aunque tambien rodeada de adoraciones y homenajes, era rubia.

Era igualmente rubia la sublime María Antonieta de Austria, pobre reina mártir, no ménos infortunada y amable, no ménos calumniada ni ménos digna de amor y piedad que María Estuardo.

La bella condesa de Koenigsmarek, madre del vencedor de Fontenoy, Mauricio de Sajonia, era rubia. Catalina de Rusia, no ménos hábil en el arte de gobernar vastos estados que en el de cautivar los corazones, era rubia como todas las hermosas hijas del Norte.

Y rubia era aquella célebre Rojelana, favorita primero y despues mujer de Soliman, y que, hecha esclava en Galitzia ó *Rusia roja* (de donde procedia su nombre de Rojelana), llegó á sentarse sobre uno de los mas poderosos tronos del mundo.

La jóven y adorable Beatriz, el ángel del Dante, era rubia; Armida, Herminia, Clorinda, maravillosas creaciones del Taso, son rubias, como la guerrera Bradamante y la sensible Angélica, tancantada por Ariosto.

Es muy conocida la dulce y rubia Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo, de quien dice la historia que probablemente hubiese impedido la guerra si hubiera vivido mas tiempo.

Si pasamos de Roma á Grecia, veremos á la rubia Frinéa, que tuvo por amante al escultor Praxiteles, le sirvió de modelo para su Vénus de Gnido, y ofreció reedificar á sus expensas la ciudad de Tebas.

La rubia Monima era una griega natural de Stratonice: su admirable hermosura inspiró una viva pasión á Mitrídates, que vencido por Lúculo, recibió orden de darse la muerte. Monima quiso estrangularse con la cinta de su diadema; mas habiéndose roto esta, se hizo atravesar el corazon con una espada.

La historia del Toison de Oro prueba que Medea era rubia, y está demostrado por la fábula de las manzanas de oro que Atalanta lo era tambien.

La hermosa Berenice, reina de Egipto, hija, mujer y madre de los Ptolomeos, tenía magníficos cabellos rubios que consagró á Vénus; pero habiendo desaparecido esta maravillosa ofrenda del templo donde se hallaba depositada, el astrónomo Canon se apresuró á publicar que habia sido trasformada en astro, y dió galantemente el nombre de Cabellera de Berenice á una constelación que lo ha conservado despues.

Aspasia, una de las mujeres mas ilustres y mas hermosas de la Grecia, Aspasia, el orgullo y la joya del siglo de Qericles, era rubia.

Elena, la primera de las hermosuras de la antigüedad, era rubia con ojos negros; y la delicada frescura de su tez, digna del cisne divino, amante de Leda, su madre. — Se dice que por una singularidad rara bajo el cielo italiano, la Fornarina, amada de Rafael, era tambien rubia con ojos negros. Minerva, al contrario, la reina de las poetisas, era morena con ojos azules.

Vénus (Urania ó la celeste) era rubia; Juno, la reina del Olimpo; Iris, la celeste aurora; Hebe, Latona, Dafne, Aretusa, Eucharis, Amfitrite y las Oceanidas, Psitheia, la mas jóven y bella de las gracias, eran rubias como Psiquis, que sedujo al amor mismo.

Pero las morenas no se consideran ni con mucho vencidas por eso: la Vénus Melania de Corinto era extremadamente morena, así como Lais, la adorada de

alcibiades y de Apeles; lo mismo que Safo, cuyos ojos negros lanzaban relámpagos y sus labios poesía; como Proserpina, de color bronceado, que se hizo robar cual una inglesa; como Cleópatra, la encantadora que supo encadenar á los dos mas grandes guerreros de Roma; como la Cintia de Propercio y la Libia de Horacio; como Mma. de Parabére; como la seductora Clara, de Juan Jacobo; como la bella Eleonora de Parny; como la Fanny de Andrés Chenier; como todas las heroínas de lord Byron; como el mayor número de las hermosuras andaluzas, venecianas ó napolitanas. María Padilla,

la famosa favorita de don Pedro el Cruel, era una morena encantadora, lo mismo que Inés de Castro, la amante infortunada de don Pedro de Portugal. Todas las Zoraidas históricas ó novelescas son necesariamente morenas. Morena era también Paulina Bonaparte (la princesa Borghese), el admirable modelo de la Vénus de Canova. La tradicion representa como morenas incomparables las hermosuras bíblicas y patriarcales, Sara, Rebeca, Raquel, Tamar, Ana, Abigail, Bethsabé, Susana, Noemi, Ruth, etc.

Zeleika, mujer de Putifar, la amante infortunada del bello, pero insensible Josef, era una morena incomparable, según las creencias musulmanas. Debemos observar también que Magdalena, la sublime pecadora, á quien se le perdonó mucho por lo mucho que habia amado, era una rubia admirable. Entre las rubias célebres de la antigüedad haríamos mal en no mencionar á la hija del Satrapa Magabase, la maravillosa Nyssida de rutilantes cabellos, casada con el rey Candal, á quien hizo degollar por Giges, su favorito para casarse con este.



Familia de Abd-el-Kader.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	42	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	»
Para Puerto Rico.	13 50	macuquinos
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»
Para la provincia de Cúmana.	12 75	»

Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEXICANA PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.

Para Veracruz y Tampico.	20
Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22
Para el interior de la República Mexicana.	29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de trasporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA Y C.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y C.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr. MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	Santa Maria.	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Jean MESNIER.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Buenos Ayres.	— CLARIMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Id.	— LUCIEN Y Ca.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y Gil.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y C.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— Emile PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH Y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cali.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y Gil.
Cauanna.	— A. PESQUERA.			Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.